

ESTUDIOS ARTÍSTICOS.



Los niños dibujantes ó el origen del dibujo.—Cuadro de Scheneau.  
 Octubre de 1854. TOMO XII. 28



## EL MARQUÉS DE BAUCOURT.

## LECCION DE PINTURA EN TRES CUADROS.

## I.

UN ESTRAVAGANTE.... QUE SE RECONOCERÁ.

En 18..... uno de los pintores mas ilustres de Francia, viajaba de incógnito por Bélgica. Para respetar el velo con que se cubria le llamaremos Alberto Marilan. Habiendo oido citar la galeria del marqués de Baucourt, en B.\*\*\* como una de las mas ricas en cuadros de caballete, se trasladó á esta ciudad, y se informó de la residencia y de las conveniencias del propietario.

—¡Ah! le respondieron riéndose, ¿vais á ver á ese estravagante? Pues bien, observadle de cerca; vale mas él que toda su galeria. Recibe á sus compatriotas antes de las doce, y á los extranjeros á las dos; es una condicion suya *sine qua non*. Despues de las doce echaria de su casa al rey de los belgas, y antes de las dos cerraria sus puertas al mismo rey de Francia. Es necesario presentar sus papeles al portero, etc.

Informaron de esto y de otras muchas cosas á Marilan; y le hubieran estado contando estravagancias hasta el siguiente dia; pero como hombre de talento y filósofo quiso rebibir sorpresas; sacó su reloj, que señalaba exactamente las dos y se encaminó á la morada del marqués.

Era una de aquellas preciosas casas de la edad media, adornadas por el renacimiento, como otras tantas de las que se ven en Bélgica. Una inteligente restauracion la convirtió en alhaja; pero un deplorable abandono la habia convertido á su vez en una ruina. Parecia un palacio habitado por un mendigo.

Alberto levanta suspirando el aldabon y espera que vengan á abrirle, y le dejan el tiempo necesario para contar los agujeros y el deterioro de la puerta. En fin, una especie de conserje femenino se presenta y le conduce al vestibulo, que circua una banqueta gótica, sobre la cual se leia esta irónica inscripcion: *Se ruega que nadie se siente*. En el fondo de esta ironia estaba la caridad. El asiento estaba tan lleno de puas que nadie hubiera podido sentarse sin pincharse. Alberto permaneció de pié hasta la llegada de otro personage.

Este era un anciano alto, seco, coronado de algunos cabellos blancos, de mirada viva y penetrante, y de facciones delgadas y distinguidas; en una palabra, tenia el aspecto de todo un caballero, si una librea vieja y con galones no hubiese anunciado que era un simple criado.

Travóse entre el criado y Alberto un diálogo de preguntas sin respuestas.

—¿El señor marqués de Baucourt?

—¿Sois extranjero?

—¿Está visible el señor marqués?

—¿Teneis un pasaporte?

—Pregunto por el señor marqués.

—Yo pido vuestros papeles.

Alberto mostró sus papeles, y el cervero respondió al fin:

—El señor marqués está ausente; pero si vos deseais ver su galeria....

—Yo quisiera visitarla con él mismo.

—Yo soy el encargado de hacer los honores; seguidme, caballero.

Y el criado se adelantó sin otra explicacion. Alberto echaba de menos al marqués; pero era preciso contentarse con su representante. Este último tenia tambien su parte de originalidad, y Marilan se propuso que hablara acerca de su amo.

Para este efecto, dió principio escurriendo una moneda de plata en la mano del criado. Este la acogió discretamente, y los dos penetraron en la galeria.

Aquel caos de pinturas merecia semejante nombre? Los cuadros estaban revueltos en una serie de habitaciones chicas y grandes. Los mas importantes estaban colgados en la pared, sin otro orden que el de sus dimensiones. De un cuadro á otro la araña hilaba su tela, y todos estaban cubiertos de una inmensa capa de polvo. Ninguno estaba colocado en su verdadera luz, si es que alli la habia, pues las puertas, cerradas con cristales, apenas la dejaba penetrar. En algunas piezas habia una multitud de lienzos hacinados en el suelo, los unos cubriendo á los otros, dejando visible solamente el que estaba delante, cuando no estaba vuelto del revés. Al levantar Alberto algunos de estos cuadros observó que habia entre ellos algunas obras maestras.

En medio de este *pandemonium*, el criado descubria á cada autor con una seguridad increíble y respondia á todas las preguntas como aficionado inteligente y perspicaz, con términos técnicos y escogidos.

Alberto se asombraba de ver esta erudicion y este gusto en un criado, por lo cual multiplicó sus pruebas para cojerle en un renuncio, y no pudo conseguirlo. Esta especie de lucha animó al vejete, que llegó á ser elocuente, irónico, delicioso, y algo astuto y malicioso.

—¿Cáspita: se dijo Alberto observándole á hurtadillas, este hombre no es un criado! ¿Será algun antiguo artista, ó algun coleccionador arruinado, que habrá tomado la librea del marqués para vivir en compañía de las obras maestras?

Aborto se hallaba en estas conjeturas, cuando al pasar por delante de una puerta vidriada oyó un grito de sorpresa acompañado de su nombre. Confundido de verse descubierto cuando pensaba descubrir á otro, se inclinó hácia la puerta vidriera, detrás de la cual habia una cortina levantada, y quedó como petrificado delante de la escena mas imprevista.

En un gabinete que formaba un gracioso contraste con toda la casa, verdadero oasis de luz, de elegancia y de perfecto orden, se veian juntos un jóven y una jóven. El jóven, soberbia cabeza, pálido y moreno, está de pie pintando en un lienzo. Al ver su actitud de asombro, sus ojos fijos sobre la puerta y su pincel en el suelo, se comprendia que era él quien habia conocido á Alberto y lanzado aquella exclamacion. La jóven, encantadora, rubia, de largos y sedosos cabellos, de tez espléndida, de ojos azules y tiernos como una Magdalena de Rubens, estaba sentada delante de la ventana, puesto el codo sobre un velador, acariciando un hermoso perro que la contemplaba con amor. Ella acababa de volverse al grito de su compañero, de manera que Alberto vió perfectamente su hermosa cara admirada.

Cuando Dante apercibió á través de las sombras infernales las poéticas fantasmas de Pablo y de Francisca de



Rimini, no quedó mas entusiasmado que nuestro artista al aspecto de este gabinete y de aquellos jóvenes. Acababa de sacar de su nido á dos aves del paraíso en medio de un conjunto de ruinas; leía un poema del corazón en su mas dulce página.

—¿Qué haceis ahí? le preguntó su guía que habia llegado al otro extremo de la habitación.

—Admiro, responde Alberto, el cuadro mas encantador de esta galería.

El anciano retrocedió bruscamente, entró en el gabinete, cuya puerta cerró, y no volvió á presentarse sino después de haber regañado un gran rato á las dos aves de paraíso.

Redoblóse, pues, la admiración de Alberto.

—Decididamente, caballero servidor, dijo, vos habláis y obráis aquí como amo.

Por la primera vez se turbó el criado, y evita la mirada inquisitorial del artista, y prosigue la visita con paso acelerado.

Habiendo llegado á una puerta donde se leía: *Galería reservada*, iba á pasar de largo, si Alberto no hubiese insistido para verlo todo, poniéndole una segunda pieza de plata en la mano.

Entonces experimenta el anciano un combate secreto. Se enrojece y sus dedos tiemblan al contacto del dinero, y faltó muy poco para que su orgullo rechazase esta expresión; pero le impulsa un sentimiento mas fuerte. La pieza entra en su bolsillo y la galería reservada se abre.

—No cabe duda, se dijo Alberto, que no habia perdido nada de aquella escena, no es el criado del marqués de Baucourt, es el mismo marqués al que tengo delante de mis ojos.

El descubrimiento de semejante misterio era demasiado picante para que Marilan no manifestase su regocijo por haberle profundizado.

Al mismo tiempo que examinaba las obras maestras encerradas en la galería reservada, puso al fingido criado en un grave compromiso, manifestando todo lo que se decia respecto al marqués. Figúrese el lector la cara que pondrían nuestros interlocutores durante el diálogo siguiente:

—Sois un criado muy importante, y os tomáis un grande interés por los asuntos de vuestro amo.

—Sin duda, no hago mas que mi deber.

—A mis parabienes por su galería, añadió mis cumplimientos por su familia, pues precisamente debe ser aquella que he visto en aquel gabinete.

—Es su hija y su sobrino.

—Encantadora joven y noble caballero... ¿es artista?

—Nadie... un simple copista.

—¡Ah! el sobrino no goza de vuestro favor? Mis preguntas ¿os parecen acaso indiscretas? pero un criado fiel obra mejor respondiendo á ellas que dejar que se acrediten rumores...

—¿Qué rumores? Yo desearia saberlos.

—¿No los transmitiréis al marqués?

—¿Para qué? Se moraria de ellos.

—Al asunto, *vos le conoceis mejor que nadie*. Pues bien, se dice que el señor de Baucourt es muy extravagante.

—¿Es posible?

—Pero un extravagante de primer orden... Aseguran que no tiene ojos, ni corazón mas que para sus cuadros.

—Proposición de los envidiosos.

—Para todo lo demás tiene una avaricia increíble.

—Proposición de los disipadores.

—Hubiera invertido su patrimonio entero en su galería, y se hubiera reducido á la mayor miseria, y no pensaria mas que en comprar cuadros, en vez de asegurarse el pan vendiendo algunos....

—Proposición de gastrónomos.

—Añaden, que su mujer ha muerto de pesar, víctima anticipada de su manía.

El criado suspiró sin responder.

—Su hija y su sobrino no son mas felices en su casa que la marquesa. Hubiera querido alimentarlos, como él se alimenta, con la contemplación de los cuadros de los buenos maestros.

El criado sacó su tabaquera adornada con una miniatura.

—Parece que ha pegado y espulsado á veinte criados, estenuados por este régimen.... artístico, y que no contaban para comer mas que con las propinas de los visitantes, el único, el último recurso del marqués.

El criado abrió la tabaquera é introdujo en ella sus dedos.

—En fin, prosiguió Alberto, clavando los ojos sobre la impasible frente del anciano, *el señor de Baucourt, no encontrando ya quien le sirva, hubiera sido capaz de ponerse el mismo la librea para mostrar su galería á los desconocidos y recoger con su propia mano las propinillas....*

El buen hombre dejó caer el polvo de tabaco que tenia entre los dedos; quedó mudo, confundido y petrificado, fijando sobre Alberto una mirada que indicaba á la vez reconvención y súplica.

—¿Se dice eso? ¿vos los habeis oído? preguntó con la angustia de un naufrago que vé huir á su tabla de salvación.

—No, no, contestó vivamente el artista, que dejó la ironía para dar paso á la piedad; yo he supuesto este último rumor para asegurarme de que vos sois Mr. de Baucourt.... Tranquilizáos acerca de vuestro secreto, todavia es desconocido en B.\*\*\*..... y seguramente no seré yo el que le descubra; pero escoged bien á vuestras gentes y temed no seais vos mismo quien se descubra.

Dicho esto Alberto saludó al anciano y desapareció á toda prisa dejando su bolsa sobre una consola.

El marqués se encontró casi á punto de caer de desfallecimiento, cuando apoyándose contra el mueble, sus dedos tropezaron con el oro del artista.... Se estremeció, se avergonzó, volvió la cabeza derramando una lágrima, luego miró la bolsa, metió en ella la mano y sacó quince lises, sonrió poco á poco mirando el oro, y no vió mas; tomando su traje de caballero, deseó comprar un Mieris que ambicionaba hacia ya cinco años por el cual le pedia dos mil escudos su rival de B.\*\*\*

## II.

### ENTRE ARTISTAS.

Al oscurecer de este día, Alberto Marilan, conmovido y orgulloso por su descubrimiento, acababa de cerrar su maleta para ausentarse de la ciudad de B.\*\*\*, y redactaba acerca del marqués, el capítulo mas curioso de sus impresio-



nes de viage, cuando vió entrar en su aposento un joven que reconoció con una nueva sorpresa.

Era el sobrino de Baucourt, Tristan Vanderlen, como se anunció el mismo á nuestro viagero.

Partidario fanático del célebre pintor, le habia recono-

hora, los dos jóvenes se abrian su corazon. Alberto confesaba su estraña esplicacion con el marqués, y Tristan referia su historia y la de su prima.

—¡Ay! si, caballero, mi tio es loco, pues una mania llevada al extremo es una verdadera demencia. Hace ya dos años



El gato enfermo.—Cuadro de Watteau.

cido segun su retrato, tan grabado en su corazon como en su taller, y osaba violar su incógnito para saludarle al tránsito.

Desde luego se adivina lo sensible que se manifestaría Marilan á esta señal de homenaje. En viage y entre artistas, la amistad camina á paso redoblado. Al cabo de una

que representa con los estrangeros el mismo papel que ha representado con vos, y todo con el objeto de comprar á costa de las mas duras privaciones, yo no sé que Mieris que falta en su galeria. Angel del cielo, olvidado en este purgatorio su hija Isabel, aquella graciosa perla que vos habeis visto, ha sido educada como por milagro, bajo el ala de Dios



que da á las aves su adorno. Huérfano yo desde la edad de cinco años, y recogido por mi tío despues de la ruina de mi familia, yo hubiera huido mil veces de este miserable interior y no me hubiera fijado en mi adorable prima. Sin mis humildes pinturas vendidas secretamente, ella no hubiese tenido ni aun el aposento en que la habeis visto, ni el modesto trage que la cubre.

—¿Isabel corresponderá á tales beneficios? preguntó Alberto conmovido.

—Ella me ha prometido su mano, y su padre ha consentido en nuestro casamiento, pero con una condicion que repite de mes en mes: «Descendido de tu nacimiento por tu ruina; me ha dicho noblemente (pues esceptó la degrada-

junto de los primeros era mediano; los pormenores del segundo anunciaban un artista. Marilan comprendió de una mirada esta diferencia.

—Estos son trabajos impuestos que no os agradan, dijo al jóven; y esta es una obra elegida por vos y segun vuestro gusto.

—Es verdad, dijo Tristan con vehemencia. He hecho los dibujos para mi tío, y el retrato para mí.

—M. de Baucourt ignora vuestra vocacion. Vos sois pintor de género, no pintor de historia; y teneis mucho talento amigo mio.

Vanderlen abrazó á Marilan:—¡Ah! si yo hubiese recibido vuestros consejos!



El violin del ciego.—Cuadro de Wilkie.

cion que vos habeis sorprendido, tiene todo el orgullo de un caballero), tú no puedes elevarte mas que por el trabajo á la altura de mi hija. Sabes dar brochazos; aprende á pintar, y serás mi yerno cuando tengas talento.» E imponiéndome sus lecciones me ha dado cuadros para que los copie. Dios solamente sabe los esfuerzos sobre humanos que he tenido que hacer para hacerme digno de Isabel. Pero juez, y maestro á un mismo tiempo, el marqués se burla de mi perseverancia y me condena á la obra de Penelope. En una palabra, destruye todas mis esperanzas negando mis progresos. Y sin embargo, sed árbitro en nuestro asunto, añadió Tristan que desenrolló un pequeño lienzo y algunos dibujos.

Los dibujos reproducian cuadros de historia, y el lienzo era una copia del retrato de Alberto en su taller. El con-

En este momento, un ayuda de cámara vino á anunciar, que la diligencia de Francia esperaba á Alberto. Este miró á Tristan, que se habia puesto pálido; apercibió una lágrima en sus ojos y respondió al ayuda de cámara:—Yo no parto ya, y alquilo este aposento por un mes.

El ayuda de cámara salió frotándose las manos, y Marilan apretó las de Vanderlen:—¿Aceptais mis lecciones, querido discípulo?

Tristan, ahogado de alegría, no tuvo mas que la fuerza para dejarse caer en sus brazos.

Luego formaron su gran complot contra el marqués, y se separaron diciéndose: ¡Hasta mañana!



## III.

## LAS LECCIONES EN EL GRANERO.

Habia en la galería de Baucourt tres cuadros, los únicos que el avaro aficionado hubiese pensado en vender y eran: *Los Niños dibujantes* de Scheneau, *el Gato enfermo* de Watteau, y una copia del *Violín del ciego* de Wilkie.

El primero representa, con una candidez llena de poesía, varios niños agrupados en derredor de su madre, y dibujando por medio de una luz proyectada sobre la pared, perfiles de cabezas humanas, de gatos y conejos. Este es el origen del dibujo puesto en acción. El segundo representa un gato enfermo en los brazos de su desconsolada ama. Un doctor á lo Moliere toma el pulso del animal, á riesgo de un inminente arañazo. La escena no puede ser mas cómica. En el tercero, que pasa por la obra maestra de Wilkie, se ve á una familia entera pendiente de un menestral ciego. El padre hace bailar á un niño de pecho sobre las rodillas de su madre; un niño rasca un fuelle con una vara como si tocara el violín, y dos niños escuchan con asombro, y el filósofo del pasaje observa la escena con los brazos cruzados y apoyado en el espaldar de un sillón. Todas las buenas cualidades del arte inglés están acumuladas en este lienzo familiar.

Un rico aficionado, lord Melvil, habia ofrecido á M. de Baucourt 18,000 francos por estos tres cuadros. El marqués, tentado por la primera vez, los habia dejado en diez mil escudos, contando comprar con esta cantidad tres obras de igual valor ademas de su famoso Mieris. Lord Melvil debia volver á pasar por allí al cabo de un mes, y el avaro para seducirle mejor habia mandado restaurar los tres lienzos. Estaban tan frescos que parecian pintados el dia anterior. Ademas, á fin de acostumbrarse á la separacion, el anciano los habia relegado á un granero de su casa, donde nunca ponía los pies.

Ahora bien, el dia despues de la entrevista de Alberto y de Tristan, antes que el alba hubiese despertado á nadie en casa del marqués, un hombre envuelto en una capa se introdujo por una puerta del jardín; y conducido por un guia, no menos prudente que él mismo, escurriéndose por una escalera secreta, llegó al granero de los tres cuadros.

Este hombre era Alberto Marilan, y su guia el jóven Vanderlen, y ambos encontraron á Isabel de Baucourt.

Pero aquel caramanchon no era ya tal. Una hada ingeniosa le habia trasformado durante la noche. Disipado el polvo, diestramente recogidos los escombros, las paredes limpias, cubierto el suelo de un tapiz, la luz de una gran ventana mirando al norte, dos caballetes, tres lienzos, pinceles, paletas y colores, un frugal desayuno servido sobre una pequeña mesa y tres sillas, esperaban á los convidados y á los trabajadores; un pájaro cantando bajo la luz de la aurora, un jarro de flores donde brillaba todavia la rosa.... tal era el nuevo aspecto de la habitacion que hubieran desdeñado los ratones el dia anterior.

La hada que habia hecho este milagro, la señorita de Baucourt, completaba su efecto encantador. Alberto quedó contemplando algun tiempo su dulce fisonomía, sus ojos animados por la esperanza, su sonrisa que parecia el primer rayo del sol, su bata blanca cenida sobre su talle de

ninfa, y la expresion celeste con la cual ella le tendia la mano diciendo:—¡Lo sé todo, caballero, bendito seas!

Se adivina el puro objeto de esta cita misteriosa. El Watteau, el Wilkie y el Scheneau; siendo precisamente del gusto de Tristan, Alberto le habia mandado que los copiasse, y venia á dirigirle y á ayudarle en este trabajo. Esperaba por otra parte el resultado que se verá despues.

Tomadas todas las medidas para escapar á las sospechas del marqués, los dos artistas se pusieron á trabajar, y nunca, lo mismo el uno que el otro, tuvieron mas corazon con el pincel en la mano. El sol aparecia en el horizonte, las aves cantaban y las flores despedían sus perfumadas emanaciones, é Isabel hablaba á la vez que bordaba; Marilan descubrió que la jóven tenia tanto talento como belleza. En menos de una hora la hubiera amado mucho si hubiese olvidado el porvenir de su discípulo. En una palabra, experimentó tales cosas en su alma, sintió tanta inspiracion en la cabeza, tanta elocuencia en sus labios, tanta habilidad en la mano, que al compartir el humilde desayuno que le habian ofrecido, se declaró el mas feliz de los hombres, y decia la verdad.

De este modo transcurrió el dia entero, y los jóvenes no contaron las horas sino durante los momentos de la ausencia de Isabel, que bajaba á menudo para presentarse á su padre. En cuanto á Tristan era incansable en el trabajo.

Retiróse Alberto por la noche, de la misma manera que habia venido, y volvia todas las mañanas á su encantadora prision. Los progresos de Tristan fueron sorprendentes. Las mas ligeras palabras del maestro eran para él revelaciones, sus mas leves pinceladas toques mágicos que daban vida á su trabajo. Las tres copias adelantaban de hora en hora en presencia de los originales.

Cuando estuvo seguro del término de su obra, Alberto propuso á Tristan que emprendiera hacer un retrato de Isabel, para el cumpleaños de Mr. de Baucourt, que era la semana venidera. Desde luego se concibe que tanto el artista como el modelo aprobarian con júbilo el pensamiento. A los pocos dias solamente el bosquejo era una cosa admirable; acabóse el retrato y Marilan le completó con toques bastante hábiles y oportunos. Vanderlen echó allí las flores de su alma y de su paleta, y Alberto puso la última mano de maestro, y cuando vió á su discípulo caer de rodillas, exclamando:—¡Es ella! trazó con un pincel muy delgado estas palabras en la parte inferior del lienzo: *Isabel prometida de Tristan*.

La jóven sintió vivamente todo lo que habia de ingenioso en este discreto recuerdo de la promesa del marqués.

Con efecto, cuando Tristan ofreció el retrato á su tío, este, asustado al principio de sus progresos, no pudo ocultar un enternecimiento paternal; despues abriendo sus brazos á los dos jóvenes, les dijo con una especie de cómico abandono:

—Si lord Melvil compra mis tres cuadros, iremos al dia siguiente á la vicaría.

Alberto, cuando supo esta noticia soltó estrepitosas carcajadas; comparando los modelos con las copias se puso á trabajar con su discípulo.

—No basta hacerlo tan bien; dijo, es menester hacerlo mejor que los mismos maestros.

—Con tal que mi tío convenga en ello, suspiró Tristan volviendo á coger los pinceles....

—No será él el juez, respondió; *él será el condenado!*



Vanderlen é Isabel no comprendieron nada.... Pero se entregaron ciegamente á su buen genio.

Cuando los cuadros estuvieron concluidos y barnizados, Alberto esplicó su proyecto..... Era tan audaz que Tristan vaciló delante de su ejecucion; pero Isabel le alentó con una sonrisa que vaticinaba el triunfo mas completo.

## IV.

## EL PRECIO DEL TALENTO.

Ya era tiempo de que los huéspedes del granero desalojasen su residencia. El mismo dia en que restituyeron á los ratones su imperio lord Melvil anunció su visita á Mr. de Baucourt, y este mandó á su sobrino que volviese á colocar en la galería el Watteau, el Wilkie y el Scheneau.

La entrada de lord Melvil en esta casa fué solemne por mas de un título. En primer lugar, el lord pasaba con justicia por el mas inteligente y conocedor en pinturas de los tres reinos. Sus juicios, acerca del valor de los cuadros formaban ley en toda Europa, y su admiracion ó su crítica hacía ó deshacía la reputacion de los artistas. Luego, no era ya el marqués en clase de vendedor y con la librea el que mostraba su galería. ¡No! toda la casa Baucourt se encontraba en derredor del personage. La portera se habia puesto en traje de boda, maravilla del siglo pasado. Tres mendigos de B.\*\*\*, alquilados á diez cuartos por hora, estaban en la ante-cámara con los galones de los ex-ayuda de cámara del marqués. En fin, el marqués mismo, vestido de etiqueta, con calzones cortos, casaca antigua, zapatos con hebillas, chaleco largo, la peluca empolvada, llevando su sobrino á la derecha y á su hija á la izquierda, hacia, como verdadero caballero los honores de la casa al noble lord.

Llegaron por fin lentamente á los tres cuadros que se trataba de vender en treinta mil francos. Este momento fué dramático como un desenlace de teatro. El marqués veía aparecer en el horizonte á su famoso Mieris; Isabel y Tristan se miraban con cierta ansiedad, y lord Melvil montaba sus lentes con frialdad sobre sus narices mirando los lienzos.

—Los habeis restaurado, dijo; habeis hecho muy bien, porque han ganado mucho..... (Los tres Baucourt se estremecian de esperanza). Unicamente descubro un error del que he participado con vos. No hay aquí un solo original, estasson simplemente tres copias. (El marqués retrocedió espantado.... Tristan palideció y apretó la mano de Isabel). En este concepto nadie os ofrecería mas de mil francos por cada cuadro. (El anciano lanzó un grito de dolor, y los dos jóvenes creyeron que se desmayaban). Pero yo, que juzgo las pinturas por lo que realmente valen, continuó lord Melvil, convengo en que estas copias son superiores á los modelos; observo aquí la mano y el pensamiento de un talento de primer orden, y las compro por lo que están ajustadas, por treinta mil francos.

El marqués se remontó al tercer cielo y los jóvenes prometidos al sexto.

—¿Esto ya está concluido? prosiguió el lord con calma.

—Concluido, respondió Mr. de Baucourt embriagado de placer.

Una hora despues, Tristan habia entregado al inglés los tres cuadros, y regresaba á casa de su tio con veinte y cuatro mil francos en su bolsillo, y un lienzo debajo del brazo... Se puso de un salto en el granero, luego pasó á la galería

reservada, y tomando la mano de Isabel y la del marqués mostró á este, colgados en la pared, el Watteau, el Wilkie y el Scheneau que el buen hombre suponía haber vendido, y ademas el famoso Mieris que envidiaba hacia tanto tiempo á su rival de B.\*\*\*.

—¿Que quiere decir esto? exclamó el anciano aturrido por la sorpresa y por la alegría.

—Esto quiere decir, respondió Tristan, que están en nuestro poder los tres cuadros, y que hemos obtenido por nada el Mieris.

—¿Por nada? ¿Le has comprado tu por ventura?

—Sí, ahora mismo... por dos mil escudos... pero sobre los treinta mil francos del lord.

El marqués no comprendía nada, y estaba como estasiado.

—¿Ha pagado el lord sin recibir nada?

—Ha recibido y pagado las tres obras que ha estimado como vos, en diez mil escudos, y que son tres copias hechas por vuestro sobrino.... y yerno;—pues despues de este testimonio, añadió Vanderlen tomando la mano de Isabel, vos no dudareis ya de mi talento y aprobareis por fin nuestro casamiento.

El padre y el aficionado estaban á quia, pero no el avaro que habuceó aun:—Con efecto, eres un gran pintor, pero nos quedan veinte y cuatro mil francos.

—¡Me quedan! interrumpió Tristan, pues soy yo quien los he ganado; y ese será el dote de mi muger, añadió señalando á su prima, así como el Mieris, es el regalo de boda que os hago, suegro mio.

Desarmado con este último rasgo, el marqués abrazó á los prometidos y les echó su bendicion, conviniendo en que habia hecho un excelente negocio.

—Y yo tambien, exclamó Tristan, besando las manos de Isabel.

—Y yo tambien, repitió detrás de ellos un fiel eco.

Era este Alberto Marilan, que acababa de contemplar su obra, y que refirió alegremente al marqués la chanza que le habia jugado.

—Obrad siempre de la misma manera, dijo el anciano; mi yerno y yo ganaremos siempre con vuestras lecciones.

El marqués ofreció no volver á ponerse la librea, y Vanderlen juró elevarse á la altura de su maestro. Nos queda saber si los dos cumplieron su juramento.

## V.

## TAL VIDA, TAL MUERTE.

Celebrado el casamiento, Tristan é Isabel Vanderlen emprendieron con Marilan el camino hacia Paris. En esta capital, el artista belga se elevó á la primera categoría. Al año siguiente espuso en el Louvre tres cuadros, que hubieran envidiado el mismo Alberto sino procedieran de su discípulo. Tener un éxito en Paris es triunfar en Europa. Tristan, regresó, pues, á Bélgica, precedido de una grande reputacion, y con una inmensa fortuna; pero ocupado antes que de nada de su talento emprendió con su muger un viaje artístico por Italia.

Antes de partir, Isabel, temblando de abandonar á su padre, cuyo juramento de avaro, se parecia á los juramentos del borracho, tomó una excelente medida para garantir al anciano contra él mismo.

Puso á su lado una especie de administrador, encargado



de sostener honrosamente su casa, y de darle todos los dias una buena comida y cuanto necesitase, merced al dinero que ella le enviaria todos los meses, sin otro cuidado que el de dar parte acerca de su amo á los viajeros. Hé aqui lo que resultó de esta filial prechucion.

Desde los primeros dias, el administrador le mandó un buen almuerzo y una comida mejor. El marqués reclamó contra esta desastrosa prodigalidad, empero le impusieron silencio amenazándole con escribirle á Isabel. Isabel era el terror del avaro, pues si él rechazaba una dulzura, Isabel le imponia dos. El marqués se resignó, pues, á comer bien durante una semana; pero al cabo de este tiempo, la costum-

una capacidad elástica. Mientras menos comia el amo, mas comia el administrador, pues su economía consistia en no perder nada. En fin, vivió tan bien con los restos del marqués, que engordaba al paso que el otro enflaquecia.... Después de haber consumido, sin saberlo, todos los capones asados y todo el vino de Burdeos, escribia á Isabel, que las cosas caminaban bien, y digería con el sueño del justo.

Estaba ya muy grueso, y su amo pasaba al estado del espectro, cuando abrió al fin los ojos viéndole caer enfermo... Bien pronto entonces, pero demasiado tarde, previno de ello á Isabel, que no pudo llegar con su marido sino para recoger el último suspiro de su padre.



Isabel en la ventana.

bre, esta segunda naturaleza, le sacó de sus casillas. El buen hombre no pudo continuar *comiendo al precio de un cuadro por mes*. Era su espresion. Se puso á dieta para el reposo de su alma y por el cálculo siguiente:—«Mientras menos coma, menos gastará el administrador, y economizará á pesar suyo; estas economías vendrán á parar á mi hija, y añadiéndolas á los productos de mi galería compraré dentro de un año algun lienzo!» El anciano que se sentaba solo á la mesa, comió pan seco, bebió agua, fingió no gustar de las viandas que le servian y las enviaba otra vez á la cocina. Pero contaba sin el estómago de su huésped que tenía

El marqués de Baucourt murió de inanición, en medio de una galería de seiscientos mil francos. Este fué el precio que M. y Mad. Vanderlen sacaron de la venta de sus cuadros, no comprendiendo los cincuenta mejores, que guardaron en su casa restaurada.

Inútil parece añadir que Tristan es hoy uno de los primeros pintores de Bélgica.

En cuanto á lord Melvil, no tuvo que arrepentirse de su compra; habiendo de vender este año su galería, sus herederos no han perdido nada con las obras de Tristan.

P. C.



ESTUDIOS DE HISTORIA NATURAL.



Ramo de rosas adormideras, copiadas de Van-Huysum.

MONOGRAFÍA DE LA ROSA.

Durante las vacaciones de Pentecostés llevé á mi posesion á cuatro jóvenes colegiales que se preparaban para su

TOMO XII.

exámen. En las horas de trabajo que debian establecer un interregno á sus placeres propuse con ellos un concurso literario, y les di por asunto de composicion—la primera rosa que acababa de abrirse en mi jardin. En un principio se



mofaron de la vulgaridad de la materia; pero yo les demostré que podía suministrar un volumen de observaciones ó de revelaciones curiosas, y comprendiendo al fin que solo los ignorantes y los tontos son los que creen saberlo todo, se pusieron animosamente á la obra. He aquí el objeto que yo señalé para la palma, formada del asunto mismo de la composicion, coronando una copia de la obra maestra del célebre pintor de flores y frutas Van-Huyseun. Crei que esta obra podría servir de modelo á los padres de familia que quisieran hacer lo que yo. Si lo juzgan así, éste será el premio mas glorioso para el autor.

«Tres rosas acababan de abrirse: una rosa de Bengala, una rosa de Provins y una rosa del Rey. Una jóven puso la primera en su pecho; un sábio puso la segunda en el ojal de su levita, y un literato fijó la tercera en su sombrero. Adornados de esta manera los tres personajes hablaban naturalmente de sus rosas, y un céfiro, que pasaba por encima de ellos, me trajo su conversacion.

—«Las rosáceas, dijo la jóven, que habia ganado el premio de botánica en su colegio, forman una gran familia de dicotiledonas polipétalas; su tipo es el rosal, en derredor del cual se agrupan la mayor parte de nuestros árboles frutales; el manzano, el peral, el almendro, etc. etc. La floracion de todos estos vegetales esplica esta clasificacion que parece arbitraria á primera vista.

«La rosa en su estado normal, lo mismo que la eglantina no tiene mas que cinco pétalos; pero la cultura los ha multiplicado por medio de innumerables variedades.

«Estas variedades se reducen, sin embargo, á un número limitado de especies. Las principales son: —La rosa cien-hojas (anémona, clavel de Holanda, de Bélgica, etc.) Crece espontáneamente, cuadro maravilloso en los bosques del Cáucaso, y de allí procede la célebre rosa de Pæstum; la rosa de Damasco, ó de las cuatro estaciones; la rosa Provins, procedente de Saaron, traída por los Cruzados, llamada la Crónica, en recuerdo de la semejanza que habian notado entre Provins y Jerusalem; —la rosa blanca; —la rosa de Bengala, que mas bien deberia llamarse la rosa de la China, de donde es originaria; la rosa capuchina; la rosa amarilla; la rosa canela ó rosa de mayo, etc. etc.

«Las rosas no se describen; se las admira y se huelen. ¡Ay! tambien se sienten sus espinas, que dicen de una manera tan elocuente lo que cuestan los placeres.

«En todo tiempo ha sido llamada la rosa la reina de las flores y cantada por los poetas. Este sufragio universal es el único tal vez que jamas se ha desmentido. El rostro mas bonito, el mas esbelto talle, y la mas rica cabellera, no escogen un adorno mejor. No hay un goce mas puro para los ojos y para el olfato, que la vista y los perfumes de un ramo de rosas cuando se abren á los primeros rayos del sol, bajo las perlas y los diamantes del rocío, ó cuando levantan su cabeza rojiza y embalsamada, en medio de la frescura y del silencio de un hermoso crepúsculo de la tarde.

—«La rosa, dijo á su vez el sábio, no pertenece solamente al dominio de los poetas y de los aficionados. Avicenne menciona el agua de rosas en el siglo XI. Hay quien dice que era conocida en la India. Una encantadora leyenda del padre Catron, historiador del Mogol, señala la invencion de la esencia de rosas.

«Los súbditos de la princesa Nourmahal, dice esta leyenda, resolvieron pasearla en una barca en un canal lleno

de agua de rosas. Todas las flores-reinas de la provincia concurren allí. Llegó el señalado dia, y lleno el canal, la dorada lancha de Nourmahal fué lanzada al odorífero lago, y remeros coronados de rosas la pasearon hasta la caída de la tarde. Grande fué la sorpresa de los concurrentes cuando vieron el canal cubierto de un aceite desconocido. Era el aceite esencial, era la esencia misma de las rosas, que el calor del sol habia desprendido durante el dia. El astro inventor fué imitado al instante, y la esencia de rosas se propagó en todas las Indias.

«Los licoristas y perfumistas de París destilan millares de rosas cien-hojas cultivadas por ellos en los campos. Los farmacéuticos recogen gran cantidad de miel rosada, de azúcar ó vinagrillo de rosa en los jardines purpúreos de los horticultores de Provins. El perfume de esta especie es al mismo tiempo doblado y refinado por medio de la disecacion. Si se debe su introduccion en Francia y en España á los Cruzados, se debe su multiplicacion al célebre Renato de Anjou, á aquel rey poeta, pintor, tejedor y agricultor.

«Los navegantes y los geógrafos han dado la forma y el nombre de la rosa á la brújula y al compás. Los treinta y dos vientos aparecen en efecto sobre la rosa del compás, como los pétalos de la flor en su cáliz abierto.

«¿Cuánta riqueza no ha sacado la arquitectura de la rosa?

«La rosa tiene tambien su papel histórico, dijo en fin el literato. ¿Quién no conoce la famosa guerra de las dos Rosas, que ensangrentó ochenta años á la Inglaterra? La casa de Lancastre y la casa de York se disputaban el trono. La primera tenia por insignia una rosa encarnada, y la segunda una rosa blanca. Bajo estos dos emblemas tan estrañamente escogidos, sesenta miembros de la familia real perecieron bajo la espada ó bajo el hacha; la mitad de la nobleza sucumbió, y la Inglaterra tuvo que caer en la barbarie; y se libertó de ella cuando casó á las dos rosas en 1186, en la persona de Enrique de Richemont-Lancastre y de Isabel de York. Como toda rosa debe tener su encanto, la esclavitud inglesa fué entonces abolida.

«Tal vez os acordareis de haber leído en los periódicos á fines del año de 1830, que nuestro santo padre Pio IX envió la rosa de oro de 1849 al rey de Nápoles y á nuestra reina de España. Este uso trae su origen, dicen, desde el papa Leon X, elegido en 1048. La rosa pontifical es una flor artificial de oro macizo (tallo y hojas). El papa la bendice solemnemente el domingo del *Lætare*, durante la cuaresma; la lleva despues á la misa en procesion, y en seguida la envia á algun príncipe católico. En 1515, Leon X dirigió la rosa de oro al archiduque Carlos, despues Carlos V.

«Siguiendo otro uso establecido en Francia desde el siglo XIV, los duques y pares de París, si eran príncipes de la sangre, debian, tres meses cada año, presentar con gran pompa canastos de rosas á los magistrados del Parlamento. Ana de Austria aludia á esta costumbre bajo la Fronda, cuando se quejaba de verse obligada todavia á echar rosas á la cabeza del Parlamento.»

FLORENCIO JARDINERO.



## ZAIMA.

## LEYENDA.

## I.

El invierno del año de 1491, los reyes católicos se retiraron á Sevilla á esperar la llegada de la primavera, para continuar la ya hacia tiempo empezada guerra de Granada; de esa guerra cuya historia es un poema interesante y cuyos héroes son los dos grandes monarcas de España y tantos otros ilustres varones, sabios, poetas, guerreros, nobles, esforzados personajes, cuyos nombres en mármoles y bronce debieran esculpirse.

Boabdil, á quien una parte del reino había usurpado su tío Aboardil, se hallaba á la sazón en el sitio de Salobreña, y aficionado á los cristianos, entre los que muy joven había estado, mandó á tratar algunos asuntos relativos á la guerra de Granada cerca de los reyes católicos, á uno de sus consejeros llamado Aben-Muley.

Este anciano embajador tenía una hija á quien amaba tiernamente y no queriendo abandonarla quizá por mucho tiempo la llevó consigo.

Zaima, que este era su nombre, entró de noche en la ciudad y jamás salió del palacio de su padre; sus esclavas la entretenían con juegos, bailes y músicas una parte del día y la restante las caricias de su padre; el baño ó el sueño, la hacían olvidar una reclusión á que se hallaba muy acostumbrada; cristiano alguno supo la existencia de aquella encantadora criatura; pero la reina Isabel llegó á oír de boca del mismo Aben-Muley que tenía una hija en la ciudad; quiso conocerla y aunque con alguna dificultad prometió el moro llevarla una noche al palacio real.

Eran las ocho de la noche del día en que SS. MM. dispusieron recibir particularmente á Aben-Muley y su hija, y la reina Isabel se hallaba sola en su cuarto leyendo la Biblia. Esta señora, cuya figura magestuosa se destaca en nuestra historia en primer término, leía con avidez las páginas del gran libro que llenaba todos sus deseos; muy dada desde niña á la devoción y á las letras, encontraba tal complacencia en las historias de los primeros pasos del hombre, que nada era capaz de distraerla. Sus manos sostenían su linda cabeza y algunos rubios cabellos desprendidos salían fuera de su toquilla blanca de encaje; sus ojos de un azul claro recorrían precipitadamente los renglones latinos, lengua que entendía, y alguna lágrima rodaba tranquila por el cristal de sus mejillas: así, sentada en un sillón de terciopelo con clavos dorados, no notó la llegada de su marido, quien no queriendo sacarla de su distracción, de pie la contemplaba con una mezcla de amor, respeto y admiración.

Fernando, de mediana estatura como la reina, tenía el rostro agradable, moreno y aun mas tostado por el sol y los trabajos de la guerra, el cabello castaño, frente ancha, boca pequeña, labios gruesos y colorados, cejas anchas, voz bronca pero afable, y tan bondadoso para con los vencidos como severo con los rebeldes; llevaba una gran túnica con aberturas en los costados, bordada de seda y oro, el toison y un virrete con las armas de Aragon. Un peque-

ño ruido distrajo á la reina, que alzando la cabeza vió á su marido:

—¿Señor!... dijo, ¿estabais ahí y nada me habiais dicho?....

—Cierito, contestó el rey, os contemplaba atentamente y veía con placer en vuestros ojos brillar una lágrima.

—¿Cómo! ¡con placer! exclamó la reina asombrada.

—Si; no os alarmeis. Ella me revela una vez mas vuestro hermoso corazón, y esto aunque lo sé, lo admiro siempre con mayor placer y satisfacción. ¿Leias?

—La Biblia.

—¿En latin?

—Si.

—Yo desearia saberle como vos, ¿y en qué pasage?...

—Leia el fin de la historia de José, de ese generoso hermano á quien su virtud llevó en un principio á la esclavitud y despues al trono: llegaba á ese pasage tierno, patético en que se da á conocer á sus hermanos y en vez de reconvenirles les abraza. Si la Biblia no tuviese en sus páginas mas que esta historia seria aun así el primer libro: ¡qué sencillez y grandeza! ¡qué ternura y dignidad!... ¿quién no llora al ver tan naturalmente descrito el reconocimiento de José, su padre y sus hermanos?...

Isabel volvió á llorar, y esta vez la fué preciso ocultar con su pañuelo sus sollozos; Fernando se acercó á ella y tomó una de sus manos llevándola á sus labios; se hallaba enternecido tambien y dijo escapando de sus ojos algunas lágrimas:

—Isabel, no llores....

—Tu tambien lloras.

—Acusan de duro mi corazón, y se engañan: tu lo sabes.

—¡Oh! si; tambien te vi llorar en otras ocasiones con la espada en la mano y despues de haber sido un héroe en la pelea.

—¿Y aun dudas de mi cariño!... ¿Quién conociéndote no te ama? la posteridad misma no solo te admirará por grande sino que te adorará por tu virtud y tu belleza.

—¡Gracias!

Esta escena hizo mucho bien á Isabel que amaba á su marido y tenía celos de él frecuentemente: pasados algunos instantes de amor conyugal, el rey exclamó:

—¡Ah!... me he olvidado del objeto de mi venida.

—¿Cuál? contestó la reina.

—En la antecámara están hace algun tiempo Aben-Muley y su hija.

—¡Cielos, qué distracción!...

Isabel tocó una campanilla y apareció un caballero joven, ricamente vestido y de una apostura elegante al par que militar: se inclinó ante los dos soberanos y la reina le dijo:

—Haced entrar al embajador de Boabdil y á su hija.

El joven volvió á salir del salón entrando al poco tiempo con los dos personajes que hemos oído nombrar. Inclínáronse todos y Aben-Muley y su hija se colocaron en frente de los reyes: el joven se retiró algun tanto y miraba con curiosidad á la hija del Embajador, que cubierta con un velo solo permitía admirar su estatura, sus torneados brazos adornados de pedrería, sus pies angostos y largos, la garganta de ellos desnuda y un aire de modestia y candor que sin el traje fuera poco compararla á nuestras vírgenes cristianas.



—Aben-Muley, dijo la reina, mucho os agradezco esta condescendencia, y en verdad os digo, deseo conocer el rostro de vuestra hija.

—Igual deseo me anima, añadió el rey.

—Monarcas esclarecidos, contestó el embajador, nunca mi hija fué vista de otro que su padre y sus esclavos: es mi único tesoro y la amo tanto que tendría en poco mi vida al lado de la mas pequeña parte de su felicidad. La honrais con quererla ver y aun mas, y ciertamente os aseguro que esta satisfaccion detiene en este instante el curso de los dias y mis cabellos dejan de ser por un momento emblanquecidos por el tiempo.—Descúbrete hija mia.

La jóven levantó el velo al mandato de su padre y si allí no estuviera Isabel la Católica, iluminara con su belleza el regio salon: era tan hermosa que difícil fuera á pintor mas hábil hacer su retrato. Todos quedaron sorprendidos de tanta belleza. Isabel hizo un movimiento de admiracion, el rey miró á su esposa, el jóven se adelantó algunos pasos y Aben-Muley juntó sus manos, levantó al cielo sus ojos y si delante de los reyes no se hallara estendiera sus brazos y abrazara á Zaima.

Despues de un momento de silencio la reina lo interrumpió con su voz dulce:

—Aben-Muley, dijo, teneis una hija que debe envaneceiros; sus ojos negros, sus cabellos oscuros, su boca pequeña, su nariz recta, ese ligero carmin de sus mejillas y ese perfume que en derredor suyo difunde su candor, no lo vieron mis ojos jamás, nunca impresion mas grata esperiménté en mi vida.

—Reina y señora, contestó Aben-Muley, nadie cual V. M. pintó á mi hija: nunca los oidos del anciano padre escucharon melodía tan grata como vuestra voz y lisongeras palabras, no en vano la fama lleva con admiracion á los confines de la tierra la opinion mas elevada de vuestra sabiduría, pero á mi corazon ha llegado mas alta aun la de vuestra virtud y bella alma. Permitidnos besar vuestra mano.

—En buen hora, dijo la reina.

La jóven se acercó é hincando en tierra una rodilla hizo ademán de querer besar la mano de la reina, pero ésta la levantó del suelo y echó al cuello sus brazos diciendo:

—Tanta belleza, tanta candidez junto á mi corazon estará mejor.

—¡Señora!... exclamó sorprendido Aben-Muley.

—No os asombréis, estamos solos y quiero probaros mi afecto. ¿Cuál es su nombre?

—Zaima.

—Pues bien, Zaima, continuó la reina, en mi tendréis una protectora: y al decir esto volvió á abrazar á la jóven.

Aben-Muley besó á su vez la mano á los reyes y salió con su hija asombrado y enternecido de la magnitud de monarcas tan poderosos.

Ya hacia algunos instantes que el padre y la hija habian salido de la regia estancia, la reina se levantó para salir tambien, y aun el jóven que introdujera al padre de Zaima, permanecia como estasiado de pie sin reparar en la presencia de los reyes y en la misma actitud que tomara al descubrirse la hermosa jóven: la reina pasó á su lado y le dijo sonriendo:

—Conde de Guadix, habeis cumplido vuestra obligacion.

El jóven volviendo en sí saludó profundamente á los

reyes, que salieron hablando de Zaima. Apenas desaparecieron los soberanos se precipitó hácia el sillón de la reina el conde y recogió del suelo una pulsera que nadie habia visto caer, la besó repetidas veces y guardándola en su escarcela salió apresuradamente de la estancia.

## II.

La noche hacia tiempo habia estendido su negro manto sobre la ciudad de Sevilla, el silencio reinaba por todas partes, y la luna iluminaba con su plateada luz un edificio de antigua construccion que se elevaba en la plaza del Rosario; sus balcones estaban cerados, las ventanas, la puerta, todo en la mas completa oscuridad: cualquiera, con mucho fundamento hubiera creído estar inhabitada aquella casa.

Un hombre embozado en su capa se paseaba enfrente de ella hablando ó mejor murmurando algunas palabras; sus pasos eran rápidos ó lentos y acompasados; á veces se paraba, miraba á la casa, y exhalando un suspiro volvía á sus anteriores paseos y coloquios.

—¿Será posible, decia, que ese hombre guarde de tal manera su tesoro que no la vuelva á ver mas!... ¡tan hermosa, tan bella y angelical! Hace algunas noches que inútilmente vengo á este sitio; todo permanece cerrado, mudo, silencioso; tenia esperanza, y ese consuelo me va faltando y me es imposible olvidar sus ojos, su rostro expresivo, sus cabellos y aquella modestia que la reina dijo bien difundía en derredor suyo un encanto indefinible. ¡La amo, sí, la amo! y á costa de cualquier sacrificio la volveré á ver....

Mucho tiempo el jóven conde de Guadix, pues era el embozado, llevaba paseando en un corto trecho cuando sintió un ruido y vió abrirse la puerta de la casa donde tanto miraba; su corazon aumento el número de latidos, é impaciente nuestro jóven aguardó á que el que salía recibiese órdenes al parecer de otro que dentro estaba: cerróse la puerta, y un hombre atravesó apresuradamente la plaza en otra direccion del sitio donde estaba el conde; éste quiso seguirle, pero fué vano su deseo y resolvió esperar su vuelta, pues habia oído decir al de adentro: «¡Pronto, pronto! ¡volved pronto!»

Supóngase el lector cuantas conjeturas, dudas, planes y esperanzas se agitarían en confuso tropel en la mente de nuestro enamorado caballero: despues de muchas noches de inútil espera aquel acontecimiento era nuevo, extraño y le hacia esperar en él su ventura ó desventura. Pasada media hora volvió á sentir pasos, y vió entrar en la plaza dos hombres, en el uno reconoció al que antes saliera, al otro no le fué fácil conocer; dirigióse resueltamente á ellos, pero cuando llegó á alcanzarlos uno habia entrado ya en la casa, y el otro se disponía á hacerlo á no haber sido detenido por el conde:

—¿Desearia, caballero, le preguntó, me dijérais quien sea el dueño de esta casa?...

—Tengo mucha prisa, contestó el preguntado, y desasiéndose de la mano del conde entró y cerró tras sí la puerta. La frente del jóven se contrajo por la ira, sus manos empuñaron maquinalmente la espada, y su boca pronunció con fuerza una maldicion; su tardanza ó mas bien la precipitacion de los desconocidos le habia hecho perder una ocasion muy propicia de averiguar algo de su amada; aquel



contratiempo dejó frustradas sus esperanzas. Veinte y tres años contaba el conde, había sido educado tan solo por su madre, y cuantos caprichos tenía fueron satisfechos: su corazón no había sentido aun los impulsos de la edad en que se encontraba; muchas mugeres le agradaron, pero la impresión que en él había hecho la presencia de Zaima era de esas impresiones que no se borran jamás del corazón. Los obstáculos que naturalmente debían oponerse á la realización de sus deseos eran mayor incentivo; el trage de la mora, su nombre, el misterio de su vida, eran otros tantos motivos que añadían mayor fuego al fuego de su pasión: tan cierto es que nada conviene mas al amor y la religion como el misterio, es su mayor encanto y atractivo. Contrariado el conde en un momento tan crítico hubiera deseado hacer víctima de su desesperación á cuanto no hubiera sido ella: dió algunos golpes á la puerta, miró atentamente por la cerradura, dió voces, gritos, imprecaciones, y todo fué en vano; la puerta permaneció cerrada, el silencio volvió á reinar en la plaza, la luna siguió su marcha, y la aurora empezó con su luz á alegrar las aves, los ríos, las fuentes y la hermosa ciudad corte de los reyes de Castilla y Aragon.

El nuevo día hacia abandonar al labrador su lecho, y algunos empezaron á atravesar cantando la plaza del Rosario; sus cantos sonaron muy mal á nuestro conde, y ya el temor de ser visto le hizo apartarse de la cerrada puerta, cuando vió con sorpresa que se abría nuevamente, volvió otra vez y siguió á un hombre que de ella salía, lográndole alcanzar á los pocos instantes: resuelto á saber quién era se puso delante, y con tono amenazador exclamó:

—¿Quién sois, caballero?... El desconocido dió un paso atrás sorprendido de la pregunta y el ademán con que era hecha; el jóven volvió á preguntar, y el interrogado, queriendo reconocer al descortes, levantó su cabeza, y exclamando al mismo tiempo que el conde:

—¡Alfonso!...

—¡El doctor!... En efecto, el que había salido de la casa era el doctor Julian Gutierrez, tutor y amigo del conde, quien mas asombrado quedó de ser aquel su pupilo que de la pasada aventura; al conde no le sorprendió menos ver á Gutierrez, y quedó cortado en su presencia.

—Mucho me estraña, Alfonso, veros en este sitio á tales horas y con tales descortesías y pretensiones.

—Señor, perdonadme, y bástele saber que nada que pueda avergonzaros me detuvo aquí.

—¿Entonces!...

—Un secreto, una causa desconocida me ha hecho daros un susto que pesa mucho á mi alma.

—¿Y ese secreto!

—Lo sabreis, pues necesito confiar en alguien el peso que me oprime, y nadie mas digno que mi tutor, el amigo de mi familia, el hombre cuya ciencia todos admiran y reconocen.

—Sígueme entonces y en mi casa hablaremos.

Diéronse prisa nuestros dos personajes, y llevados en alas del deseo llegaron presto á una angosta calleja, donde á las dos puertas llamó el anciano doctor, abriéndolas al poco tiempo y subiendo una escalera que en el zaguan había; entraron en un gabinete de estudio; Gutierrez cerró la puerta, quitóse la capa, y ofreciendo un sitio á su pupilo se sentó en su poltrona y dió principio á la siguiente plática

—Mucho me estraña, Alfonso, verme tan entrado el día en una plaza de Sevilla, sorprendido por un hombre que al parecer no muy buenas intenciones tenía, pero mi sorpresa fué mayor cuando vi en tí al hombre que sin derecho alguno me interrogaba; dime qué motivos te hicieron darme aquel susto, y no faltarás espero á la verdad en tu relación.

El conde de Guadix refirió entonces á su tutor cuanto le había pasado hacia algunos días; ponderó la belleza de Zaima, quiso bosquejar el estado de su corazón y concluyó añadiendo:

—Señor, ya sabeis la causa de todo, vos habeis penetrado en aquella casa donde daría mi fortuna por permanecer unos instantes, y la premura con que fuisteis llamado me hace temer algun funesto contratiempo; decidme si Zaima está enferma...

—Alfonso, contestó Gutierrez, nade debes temer: Zaima está buena, y la enfermedad de su padre no ofrece por ahora serios temores; he sido llamado como médico de los reyes para asistir á Aben-Muley, y esta noche agravándose algun tanto recurrieron á mi corta ciencia para aliviarle.

—¿Y lo habeis conseguido?

—Gracias al cielo y á esa ciencia que muchos acusan sin conocerla, está mejor y restablecerá pronto su salud.

—¿Y Zaima decís?

—Zaima se encuentra á la cabecera de su cama, y consuela á su padre con tiernas caricias.

—¿Os ha parecido bella?

—Mucho, Alfonso, pero no es cristiana.

—¿Y eso para mi amor qué importa?

—¿Cómo! sabe que el amor que no pueda ser santificado por la religion no es bueno.

—Pero, es amor...

—No tal; esa pasión noble, santa y pura, tiene su verdadera base en la religion y la moral; el hombre la heredó de los ángeles y empañó con su aliento su brillo y esplendor; antiguamente la humanidad desconocieron su valor, la muger fué un ser envilecido por el hombre, las religiones todas fueron sus salvadoras; empero el cristianismo, por medio del matrimonio, cambiando la cuna del hombre cambió su porvenir; sin él el amor es una pasión cuyo término es la miseria, las lágrimas, la vergüenza y el deshonor.

—Pero, si ella se hiciese cristiana...

—Me parece, Alfonso, muy difícil.

—Perdonad mi lenguaje, doctor, replicó Alfonso con entusiasmo y levantándose, cristiana ó mora la he de amar, ver y escuchar de sus labios que me aborrece ó corresponde á mi cariño; llevadme, llevadme á su casa.

—Imposible, contestó el médico.

—Un medio, continuó Alfonso, se presenta de averiguar sin saberse por nadie lo que tanto deseo; si no accedeis os juro que mi espada me abrirá paso hasta sus plantas.

—¿Y cuál es ese medio?...

—Vuestro continuo trato, bien lo sabeis, me ha hecho amar vuestra ciencia y estudiar algunos de sus arcanos: vos no cometereis un engaño; os puedo ayudar en la curación de Aben-Muley, y os prometo por el nombre de mi madre ser tal mi conducta, que de ella no pueda correrse en lo mas mínimo el honor y título de caballero que mi cuna me da.

—¿Pero Alfonso, repara por piedad!...



—¿Me llevareis?

—¡Reflexiona!...

—¿Iré con vos? decídmelo, decídmelo pronto.

—Tu aire resuelto me amedrenta; sea en buen hora.

Alfonso volvió del dintel de la puerta donde había llegado; y abrazó á su tutor, diciendo:

—Os debo esta vez, como tantas otras, la felicidad; mi reconocimiento será eterno.

—Vuélveme á prometer que no harás nada sin consultarlo conmigo.

—Os lo juro.

—Esta tarde á las tres ven en traje de ayudante de medicina.

—Hasta las tres.

—Adios.

El conde salió de la estancia, y el doctor cerró la puerta por dentro, corrió las cortinas de una alcoba, entornó los postigos del balcon y se echó sobre su lecho murmurando:

—Es preciso; los jóvenes son capaces por una muger de olvidar el recuerdo de sus obligaciones mas santas; conduciéndolos por el buen camino son dóciles siempre á la voz de la razon.

### III.

—¿Cuánto os debo, noble jóven, cuánto!...

—Cumpla solo mi deber.

—En el mundo, hijo mio, nuestro deber es siempre obligatorio, empero su cumplimiento merece premiarse á pesar de ello.

—Vos ya me premiáis con vuestro afecto.

—¡Ah! si; que si fuera ingrato como tantos otros al beneficio de darme la salud, fuera muy digno de desprecio.

—Pasead sin miedo, apoyaos en mi brazo sin temor, el de vuestra hija es muy débil para sosteneros.

Así, algunos dias despues de los hechos referidos en el número segundo de nuestra verdadera historia, hablaban Aben-Muley y Alfonso paseándose por un corredor de la casa que tan cerrada vimos, y tomando el sol claro; alegre y templado de la hermosa Andalucía.

—¿Sabeis, continuó el viejo, ¿qué recuerdo viene á mi memoria en este instante?

—No me es posible...

—Escuchad, prosiguió Aben-Muley, ¿veis ese rio? ¿esas alamedas? ¿esos campos, que presto sembrados de flores, serán mas bellos que nuestras alfombras ricas de mil colores?... ¿Veis esos edificios que mas que reales parecen dibujados por el pincel de la fantasía? ¿Esas elevadas torres adornadas de encajes de piedra que tocan las nubes, y sobre ellas se ostenta el signo de tu religion? pues bien, hubo un tiempo en que sobre ellas se veia la media luna, en sus salones se ocultaban nuestras hermosas, y todo, todo era de mis antepasados, de esa raza que vosotros despreciáis, perseguís, deseáis aniquilar, olvidando que os tragimos los adelantos, las ciencias, las artes, el comercio, la agricultura, que la esperiencia y el infortunio nos enseñó; los cristianos serian buenos si tuviesen menos malo el corazon.

—Anciano, no está bien en mi boca contradecir vuestra opinion; pero si bien reconozco lo que nos dais, no puedo olvidar lo que nos usurpáis.

—¡Usurparos!...

—Si, vosotros no sois dueños de estos lugares que fueron de mis mayores; la conquista no dará derechos nunca sobre las haciendas, la patria, los hijos, las mugeres, y ante todo sobre la libertad; la libertad, ese patrimonio del hombre honrado, y es mas delito privarle de ella que de su propia vida.

—Exagerais.

—No tal; mi patria ha debido á sus elementos de riqueza ser ambicionada por muchos, y su historia es una lucha continua del derecho y la fuerza, de la usurpacion, el despotismo contra la libertad y los heroicos esfuerzos de valor, la generosidad y el honor.

A este punto llegaba la conversacion de los dos personajes cuando se presentó Zaima, bella como siempre, aunque el carmin de sus megillas habia desaparecido; aquella delicada criatura vivia como las flores con el céfiro de la mañana, los calores suaves del sol de la primavera y la alegría de la naturaleza; para ella eran elementos de vida las caricias de su padre, se halló próxima á perderlas, y hubiera muerto por su falta. Corrió á donde estaba el anciano y le abrazó y beso, luego dirigió una mirada á Alfonso, y este á su vez correspondió con otra que no menos gratitud, cariño y amor demostraba:

—Padre mio, dijo en seguida, vuestro médico entraba en este momento en casa, y he corrido á noticiaros tan grata nueva.

—Si lo es, hija mia, á él y á Alfonso debo mi vida, y nunca olvido los beneficios recibidos.

—¿No ois? exclamó Zaima, sube la escalera.

Al poco tiempo entró con efecto el doctor, y todos recibieron gran placer y gusto con su presencia, revelando el semblante los sentimientos del alma. Aben-Muley puso su mano derecha sobre el corazon, y luego tomó las del médico; Zaima se acercó á Gutierrez, quien la dió un cariñoso abrazo; Alfonso dirigió una mirada, que su tutor comprendió bien, y vino á demostrarle cómo iban los negocios de Alfonso.

—¿Cómo os sentís? preguntó al enfermo despues de un rato.

—¡Bien! ¡muy bien!... contestó este dándole la mano.

—El pulso va tomando la fuerza necesaria... la piel blanca... los labios adquieren su color... los ojos su alegría; cantemos victoria; estais restablecido completamente antes de tres dias.

—¡Oh! ¡cuánto me alegro!

—Ya no os será necesaria la ayuda de mi pupilo.

—¡Ah! si, si, quiero no separarme de él hasta que nos ausentemos de la ciudad.

—¡Ausentarse!... exclamaron á la vez el doctor, Zaima y Alfonso.

—Si, amigos míos; luego que me sea posible marcharemos á Granada, mi comision ha concluido y es forzosa esta determinacion.

—¡Pero!... vuestra salud no permitirá... dijo el conde.

—Si; ¿no habeis oido á vuestro tutor? contestó Aben-Muley.

Noticia tan inesperada dejó consternado á Alfonso; llevaba quince dias en aquella casa, y sus amores muy poco adelantaron en ese tiempo; Zaima era muy niña aun, amaba á su padre, y el estado de este no la permitió pensar en



otra cosa que en las atenciones y las caricias que le prodigaba. Aben-Muley hacia tres dias no necesitaba tantos cuidados, y Zaima pensó mas en Alfonso; no huia de él como en un principio; su padre le alababa y demostraba gran afecto en su presencia; Alfonso la miraba de un modo que unas veces la causaba alegría y otras la avergonzaba, y todo esto era no mas que buenos principios á los fines del conde; la desgracia destrozaba, pues, sus esperanzas en un instante con aquella determinación.

—Yo bien comprendo, continuó Aben-Muley, que sentís nuestra marcha: yo tambien os he tomado cariño é inclinación; me habeis salvado la vida, cuidado y acompañado en mi convalecencia y os juro que no olvidaré vuestro nombre en toda mi vida.

Zaima que vió enternecerse á su padre comenzó á llorar y éste para consolarla la abrazó y besó cariñosamente diciéndola sin pensar al mismo tiempo y como si consigo mismo hablara:

—¡Hija mía!... ¡qué porvenir tan negro descubro en el horizonte de tu vida!

—¿Por qué decís eso? dijo Gutierrez.

—Mi raza, amigo mio, no tiene sino enemigos.

—Pero á vos no os faltan amigos.

—Me olvidarán.

—Poco conoceis el corazon de los españoles; el que os tienda su mano nunca la retira por mas que ocultéis la vuestra.

—¿Y vosotros?...

—Os las damos, digeron á un tiempo el doctor y Alfonso, alargando las suyas.

Esta escena conmovió al enfermo y tuvo precisión de retirarse con su hija y Alfonso, este le dejó en su lecho y volvió en busca de Gutierrez.

—Y bien, ¿qué ha sucedido? preguntó el doctor al ver al conde.

—Señor, contestó éste exhalando un suspiro, bien poco he adelantado y esa marcha quita á mi corazon todas sus esperanzas.

—¿Zaima ha comprendido algo de tu secreto?

—No sé.

—¿Tu pensamiento es el mismo?

—El mismo; vuestros consejos me convencen y mi primera idea es hablarla de religion y despues de amor.

Un ruido distrajo á Gutierrez y á Alfonso, y al poco tiempo Zaima entró apresuradamente en el comedor:

—¿Qué sucede?..... exclamaron á la vez el doctor y el jóven.

—Me temo, contestó Zaima, que unos mensajeros que acaban de entrar nos traigan malas noticias; id á ver si mi padre puede recibirlos.

—Vamos, dijo Guierrez saliendo.

Zaima le siguió y de pronto se vió detenida por Alfonso; volvió algo asombrada su cabeza y le dijo:

—¿Qué me queréis?

Alfonso quedó en silencio por unos instantes como reflexionando lo que iba á hablar; indeciso, conmovido, por ser la primera vez que estaba solo con aquella jóven á quien tanto amaba no le fué posible en algunos instantes proferir una palabra; al fin rompiendo su silencio dijo:

—¿Teneis confianza en mí?

—¿Me estraña esa pregunta! ¿por qué no he de tener-

la? ¡no habeis salvado á mi padre!... ¡no os ama él!...

—Pues bien, Zaima, necesito hablaros antes de vuestra marcha. Si esta se verifica, ¿me prometeis escucharme por algunos instantes solos como ahora estamos?

—¿Por qué no delante de mi padre?

—Os interesa á vos sola lo que tengo que hablaros; nada habeis perdido?

—¿No os entiendo!....

—¿No recordais haber echado de menos?....

—¡Ah! Si.... una pulsera que en el palacio de los Reyes sin duda dejé....

—Pues bien Zaima, si deseais recuperarla yo os prometo decir su paradero.

—Contad con mi asentimiento, era de mi madre, mi padre ignora aun su pérdida y si lo supiera....

—Nada temais os prometo que presto la vereis en vuestro poder.

—Mucho os debo, si añadido este nuevo favor....

—¿Qué!...

En este instante Zaima, escuchó la voz de su padre y corrió dejando sólo á Alfonso para volar obediente á su llamamiento; el conde sacó del pecho la pulsera que recogió en palacio y besándola exclamó:

—¡A ti deberé mi felicidad!!!

(Se continuará).

A. BRAVO Y TUDELA.

## DOS ALMAS IGUALES.

Dos almas iguales de temple en un dia volando salieron del seno de Dios:

yo voy á contaros en ruda poesia cruzando este valle lo que hacen las dos.

Contemplan la luna, el sol, las estrellas, las aves, las flores, las cumbres y el mar, y al ver del Eterno las obras tan bellas enarran su gloria en dulce cantar.

No entonces anhelan sedientas de gloria diadema brillante de terso laurel: mas quieren escriba en su tumba la historia amor destilaban sus trovas sin hiel.

Sintiendo en el pecho latido profundo, fruición misteriosa de amor virginal, estáticas dicen: «tambien en el mundo hay dichas que tienen sabor celestial.»

Pero ¡ay! que este mundo venálico adora becerro de oro cual otro Israel; desdeña al que puro sentir atesora, y á aqueas dos almas abreva con hiel.

«¿Qué haceis, les pregunta la turba insensata Soñando quimeras en vez de reir?

Gozad, porque el tiempo la vida arrebatá.

—¿Qué hacemos? responden, *amar y sufrir.*»

Ah, si, porque en vano su pecho latente aspira á fruiciones de angélico amor: del alto delirio que estasia su mente á abismos se lanzan de inmenso dolor.



Entonces caidas mortal desaliento  
su fé y su esperanza les quiere arrancar,  
y el llanto copioso del pecho sediento  
su amor infinito pretende anegar.

Mas nunca la copa letal de amargura  
retornan al mundo diciendo, «bebed,»  
que siempre en sus cantos de triste dulzura  
repiten: «mortales, *amad y creed.*»

.....  
.....  
Tal vez el Eterno diversos caminos  
á aqueas dos almas obliga á correr,  
temiendo pudieran los goces divinos  
el vaso terrestre acaso romper.

Mas luego que dejen el barro ostensible  
aqueas dos almas iguales las dos,  
sin duda enlazadas con nudo invisible  
serán para siempre en el seno de Dios.

R. BUTLEN.



Cuadro de frutas, copiado de Van-Huysum . Pág. 225.





## VIAGE Á FRANCIA.



### EL PUI-DE-DOME.

I.

DE PARIS A CLERMONT-FERRAND.

Yo jamás había viajado; recuerdo haber andado veinte y cinco leguas con el objeto de abrazar á mis tíos, emigrados españoles, que habitan en las cercanías de Montmirail, pequeña aldea de la que ningún geógrafo se ha querido ocupar; pero por larga y peligrosa que fuese esta peregrinación, comprendí que entre el capitán Cook y yo había una corta diferencia.

Fácilmente se conocerá el terror que debí experimentar cuando me hablaron de ir á Clermont-Ferrand, es decir, de atravesar trescientos setenta y cuatro kilómetros. Estuve dudando por espacio de quince días; mas un recuerdo me decidió.

Me acordé, que en una comida de literatos, el barón Taylor me había dicho:

—Si alguna vez viajaís y quereis ver las ciudades de Suiza y del Tirol, los cráteres horribles del Etna, los monumentos de la antigua Roma, la florecencia italiana, encaminaos á la Auvernia; está mas cerca, es menos conocida y

30

TOMO XII. Vista del valle Mont-Dor.



mas hermosa. El valle del Mont-Dor os dispensará de ir al Mont-Blanc. Delante de las cascadas de Queuereuilh, olvidareis los castillos del Tivoli.

El día 2 de abril de 1849, me decidí á partir para Clermont; el día 3 sacaba mi pasaporte y me ponía en camino. En menos de veinte y cuatro horas arreglé mi maleta, y tuve la debilidad de colocar en ella una gran cantidad de libros y de papeles, y hasta algunos manuscritos, materiales esparcidos de obras que me proponía acabar en las paradas de provincia. Ocioso es decir que no escribí ni una línea, pero en cambio perdí gran número de hojas que no intentaré rehacer.

Quise aprovecharme de este viage para examinar con algun cuidado la línea que tenía que recorrer. En este concepto, el camino de hierro era inconveniente, y concebí el proyecto de servirme esclusivamente de la diligencia. Si las galeras hubiesen existido todavía en Francia, me hubiera embarcado en una galera. Subí á la diligencia á las seis de la tarde, despues de haber comido opíparamente en casa de mi amigo L. L., y ademas me abasteci de un medio quilógramo de chocolate por toda provision de boca. Mi equipo necesario se componia de un ancho paletót, de un kepí de guardia nacional, de un album en blanco y de un lapiz.

Se acercaba la noche en el momento en que llegamos á la embocadura del camino de hierro de Orleans. Mientras que nos vimos dulcemente balanceados en las regiones del aire, eché una ojeada sobre mi único vecino. Era un jóven vigoroso envuelto en su larga capa y abrigando su cabeza con una gorra de pieles, monumento arqueológico que reclamaba un lugar legitimo en el museo de rarezas. Tosia muy á menudo, sin duda por coquetería, haciendo admirar la sonoridad de su pulmon, y tomando á cada instante un polvo de tabaco, lo que me hizo sospechar que estornudaba.

—Caballero, me dijo bruscamente, ¿vais á Clermont?

—Sí señor.

—¿Conoceis allí á alguien?

—A nadie absolutamente.

—¿Vais tal vez de paso nada mas?

—No, señor; acaso permanezca allí tres meses.

—Eso es extraordinario.

Aquí paró la conversacion; pero con objeto de reanimarla, el hombre de la capa, dijo mirándome, como vulgarmente se dice, al soslayo.

—¿Sois artista?

—No, señor.

—Muy bien. ¡Qué cosa tan buena son los caminos de hierro!

—Una cosa admirable.

—¿Sois estudiante?

—No señor....

Aquí terminó la conversacion, y no volvió á hablar hasta despues que hubimos recorrido unas ochenta leguas.

Poco antes de la partida, penetró en nuestros dominios un nuevo personaje; era jóven; en una mano llevaba un palo nudoso, y en la otra una especie de morral de tela oscura que indudablemente contenia algunas provisiones de boca, tales como queso, huevos duros, carne fiambre. No hubo necesidad de verlo porque nuestro olfato lo distinguia perfectamente.

Por fortuna la portezuela se abrió.

—Baja, jóven, dijo un empleado de gorra galoneada; no debes subir mas que en Bourgues.

Por esto nos encontramos libertados momentáneamente de este pobre muchacho.

Sonaron las siete, y rompió el aire un fuerte silbido, y el convoy se puso en marcha con rapidez. Oí nombrar sucesivamente las estaciones de Choisy, Javisy, Savigny, Epinay, Saint-Michel, Bretigny, Mavolles, Bousay, Lardy, Etrechy, y despues Etampes donde estacionamos el espacio de un cuarto de hora; Monerville, Angerville, Toury, Artenay, Chevilly, se sumergieron sucesivamente en la espesa niebla. A las diez y media de la noche llegamos á Orleans. De estos diversos paises advertí muy pocas cosas que no merecen indicacion de ninguna especie. La travesía de Orleans me presentó el Loira, mas ancho de lo que yo esperaba; una especie de islote entre largo, le dividia en dos corrientes.

Vierson, á donde llegamos á la una y media de la madrugada se manifestó á los viajeros bajo la forma de una fonda de camino. Un cubierto bastante suntuoso comenzo á despertar mi apetito; pero me previnieron caritativamente que la cena estaria dispuesta un cuarto de hora despues de la llegada del tren, y aplacé mi comida hasta Bourgues.

¡Execrable paisaje para los aficionados á puntos de vista! Pero ¡qué fantástico es eso para una noche de primavera.

A un cuarto de hora de Bourgues oí la voz del gefe de estacion que llamaba á los viajeros de Melun. Melun-sur-Yevre, que poseía en otro tiempo un hermoso castillo real, rodeado de magníficos bosques, fué testigo de la agonía de Carlos VII, que, dejó morir voluntariamente de hambre el 22 de julio de 1461. Tenia poco mas de cincuenta y ocho años. De este modo, el vencedor de los ingleses, el amigo glorioso de Inés Sorel, se vió precisado á espirar solitario en esta Tehaida del Berry, para sustraerse á las atroces tentativas, históricamente poco probadas, del delfin de Francia, su hijo y su sucesor inmediato.

En fin, á las dos y media de la mañana el camino de hierro nos depositó en Bourgues. Yo tenia mucha hambre pero me bastó una ojeada para asegurarme de mi triste suerte. Ni mesa, ni tiempo; me comí, pues, el resto de mi chocolate. Mientras que nos sacaban del wagon, distinguí á mi derecha, es decir, en la direccion de la ciudad, una vasta estension de agua. Parecia un lago, ó una playa inundada, sobre la cual se deslizaban barcas llenas de faroles, cuya luz enrojecia el agua haciéndola visible y tangible. ¿Qué era esta vasta estension? Supuse neciamente que nos hallábamos en las márgenes del Cher. Cuando nos vimos en tierra firme, mi sorpresa fué grande al ver que la diligencia rodaba por encima del lago en cuestion. Este lago no era otra cosa que una larga serie de campos de trigo segado, y por donde caminaban apaciblemente los ómnibus del camino de hierro. Un efecto extraño de refraccion habia causado mi asombro. En cuanto al Cher, ya le habíamos atravesado sin haberlo apercibido.

En Bourgues, volvió al interior el jóven de que habíamos hablado. Nuevos perfumes me advirtieron que habia variado de alimento.

La campaña de esta parte de Bourgues, continúa la Sologne aunque con menos esterilidad. ¡Cosa extraña! Hay mas cultura y mas ó menos agua; recorriendo estos parages me quede dormido.



Desperté cuando me encontraba en las cercanías de Ne-vonda. Esta ciudad fea y mal edificada, ha sido despues casi enteramente despoblada por el cólera. Green en el pais que los pantanos de agua estancada, debidos á los trabajos tan prontamente ejecutados del camino de hierro del centro son la causa principal de la epidemia y el foco de la infección. Este camino de hierro me llevó hasta Berry; hermoso pais con sus colinas, sus llanuras, sus preciosas casas y sus valles. Pero eran las siete de la mañana, y ya hacia doce horas que caminábamos; me moria de hambre y de sed, y no pude apreciar en su justo valor las bellezas de aquel paisaje.

Cosa notable; en nueve horas de camino de hierro habíamos atravesado sesenta leguas, y en cinco horas de diligencia diez. Nada es mas enojoso que esta estremada lentitud al lado de tanta rapidez; agravóse mi melancolía, mientras oí silbar al vapor conservé un rato de incertidumbre y por consiguiente de alegría. La facilidad de detenerme en Bourges y de volver á ver á París al siguiente dia, destruía todos mis escrúpulos, pero en aquel maldecido coche, en medio de valles y de llanuras: me sentí verdaderamente alejado y espermenté todas las amarguras del destierro.

Sin embargo, el Guettain, y el Bec-d'Allier merecen una especial mencion. El Loira, tan ancho y tan plateado recibe allí las aguas del Allier, y se atraviesan ambos rios por un magnifico puente colgante. Los caballos marchan por allí al paso, y en esta travesía no se emplean menos de ocho minutos. En las márgenes se ven las casas del Guettain, bonito barrio que se parece á Bercy; el canal lateral del Loira atraviesa tambien el rio por medio de un puente-acueducto, y termina en el canal del centro. No pueden contemplarse sin admiracion estos monumentos de nuestra edad de industria. Corrimos un poco mas y se presentó á nuestra vista una casa blanca con dos torrecillas ruinosas.

—Magny! exclamó el conductor.... Vamos, señores, tenemos tiempo para tomar un bocado.

Eran las doce. Yo no habia tomado nada desde las ocho mas que un poco de chocolate.

La comida de Magny consiste en una sopa de caldo, pero tenia muy poco caldo; era agua; pero estaba caliente. Pasé revista al personal de la diligencia y los vi á todos menos á una señora que se quedó obstinadamente oculta en el *coupé*. Entre sus dos compañeros, reconocí á un abogado distinguido del tribunal de París, M. L... con el cual hice en Clermont mas ámplio conocimiento. Apareció una nueva cara, este era un jóven subteniente que iba á reunirse á su regimiento al Puy.

Este jóven alegre, hallando ocupado el interior iba á acomodarse en la imperial, cuando concebí el pensamiento de una admirable operacion. Obtuve del posadero un medio pan, una lonja de carne y un vaso de vino; abastecido de este soberbio presente me encaminé hácia el jóven y le rogué que aceptase esta modesta comida.

El jóven devoraba sin decir una palabra, y sin inquietarse acerca de los motivos de mi generosidad. Mientras que saboreaba estas delicias gastronómicas, expliqué mi plan al oficial y en dos palabras quedó concluida la transaccion. Merced á otro vaso de vino y una moneda de plata, el jóven cambió su asiento del interior contra el derecho de encaramarse sobre la banqueta, y creo que por tres francos hubiera emprendido el camino á pie.

A las dos nos apeamos en Moulins, y no encontré la re-paracion gastronómica que se me debia por mi desayuno de Magny. El conductor me introdujo con una destreza infernal en una casa conocida con el nombre de *Gran hotel de Europa* donde me estaban reservadas las mas amargas decepciones. Baste decir que tambien aqui comí muy mal. No ví en Moulins mas que una cosa digna de notarse: una muestra sobre la cual se leian un sin número de disparates. En cuanto al famoso puente del Allier, solo puedo decir que pasé por encima de él. Los guías aseguran que tiene trece arcos, y cada uno de ellos tiene cuarenta y dos pies de abertura. Dicen ademas que es un excelente monumento.

El crepúsculo de la tarde me permitió echar ena mirada sobre Saint-Pourcain y sobre sus dos rios, el Limin, y el Sioule. He visto pocos paisajes tan agrestes. Garat es una calle mala y sucia, donde descubrí una particularidad bastante grotesca: una taberna que se intitulaba *Café del Universo*.

Cada vez caminábamos mas de prisa; cuando me mecen yo me quedo dormido, y por lo tanto atravesé el Riom sin saberlo. No sé porque este nombre propio me habia presagiado maravillas; mas adelante se verá, que sin merecer toda la importancia que yo le atribuía, esta ciudad ofrece un interés bastante vivo. Cuando volví á abrir los ojos nos hallábamos en una montaña, y el horizonte parecia limitado por grandes nubes negras. Era la cordillera de los Mont-Dome.

A las dos de la mañana atravesamos una especie de colina; era Clermont-Ferrand. Mi primera impresion fué mala, pero mirando mas atentamente me pareció que recorriamos una magnífica terraza, debajo de la cual se veian á una grande profundidad una serie de casas sombrías. Al punto se destruyeron mis prevenciones, pues reconocí vagamente cierta cosa bella.

A los cinco minutos llegamos al término de nuestra jornada. La diligencia se detuvo en medio de una plaza; me asaltaron los mozos del hotel. Como yo no tenia preferencia que dar á ninguno pensé en ir al mas cercano. Una casa de buena apariencia me ofreció esta inscripcion en letras colosales: *Hotel de la Europa*. En este momento habiendo entrado allí M. L... me incliné á seguirle. Cené con él y me acosté á dormir para recorrer la ciudad desde la aurora.

Mi conciencia de historiador me obliga á revelar que desperté á la una del dia.

## II.

### CLERMONT-FERRAND.

Mis balcones daban á una gran plaza en forma de paralelogramo muy largo, que se llama la plaza de Yaude. Delante de mí se elevaba un edificio ceniciento y rojizo, de una arquitectura algo estravagante. Aqui está el mercado de las telas. Esta construccion está inmediata á otra bastante pintoresca llamada la iglesia catedral de Nuestra Señora. En el extremo meridional de la plaza, la admiracion pública ha levantado una estatua al general Desaix. Una iglesia de estilo mediano ocupa la parte Nord-oeste; esto es lo que resta de un gran convento de carmelitas descalzos. No teniendo ya nada que ver en la plaza de Yaude, no quedé mucho tiempo en el balcon, y seguí apresurado



á M. L.... que me propuso la primera excursion por la ciudad.

Antes me dejé seducir por la terraza situada en la parte posterior del hotel Morateur, y de donde se gozaba, segun el dicho de M. L...., de una vista muy notable.

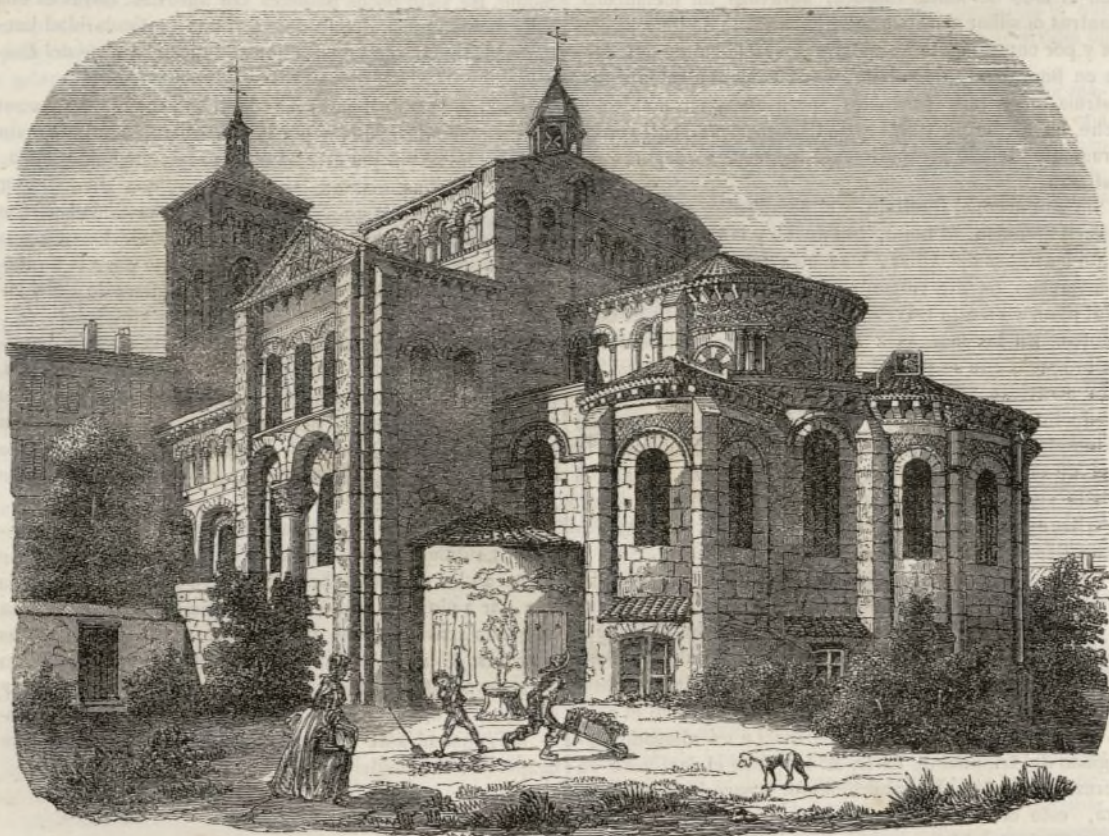
—Vais á ver el Puy-de-Dome, me dijo.

Atravesé apresurado los enormes escalones de una escalera gigantesca, hecha para piernas de gigantes. Desde esta terraza distinguí la montaña profunda y negra, pero nada del Puy-de-Dome.

L...., me consoló, prometiéndome que el Puy-de-Dome deseado, me seria servido en cuanto pusiera los pies en la plaza de Yaude.

es muy melancólico, y difícil de juzgar por una descripción por detallada que sea. Pero se experimenta un contraste singular que oprime el corazón. El viajero se siente á la vez perdido en el espacio y estrechamente aprisionado. Por cualquiera parte que se dirija la vista, se ve elevarse entre el cielo y el individuo una muralla, negra ó azul, de montañas, que nos encierra estrechamente. La prision es bella, pero es una prision.

Las casas de Clermont son grandes y bien edificadas; pero para equilibrar el bien como el mal, poned en estas calles tortuosas, que suben como escalas ó descienden como cataratas, una poblacion activa y dada á los negocios. Clermont es en suma una de las mas agradables cabezas de



Iglesia d: Nuestra Señora del Puerto, en Clermont-Ferrand.

Luego que la hubimos atravesado me volví hácia mi guia:—Y bien.... le dije:

—Y bien; estais bajo las nubes.

El hecho es que estas nubes no se disiparon mas que á la caída de la tarde. Ahora bien, sin el Puy-de-Dome, Clermont no tiene su verdadera fisonomía. Clermont-Ferrand, está edificado en una altura, cuya iglesia catedral ocupa la cima. Las calles tienen con corta diferencia la disposición de las veredas de un laberinto. Clermont está cortado circularmente por un conjunto de terrazas tan bellas que ofrecen la vision mas pintoresca del mundo.

El primer aspecto que presenta el conjunto de la ciudad

partido de los ochenta y seis departamentos franceses.

Después de este examen supario y no queriendo abusar de la buena voluntad de M. L...., me despedí de él para pasar á casa de M. V.—L...., el antiguo maire de Clermont, á quien M. Boucher, después ministro de Justicia, habia querido recomendarme.

No se trataba nada menos que de llegar á la casa de Pascal. Tomé para ello un medio muy sencillo, y fué el de pedir instrucciones acerca del camino que debia tomar.

Una persona á quien me dirigí, me dijo gravemente:

—Yo no conozco esa calle, caballero; no está en mi barrio.



Esta palabra pinta la pequeñez de la ciudad. Nótese que se puede dar la vuelta completa de Clermont en poco menos de una hora.

Muy bien acogido y detenido para comer en casa de M. V.-L..., uno de los hombres mas distinguidos del pais, acepté la oferta que me hizo su hijo de pasar á fumar un cigarro sobre la terraza que corona la casa que domina la ciudad. Esta segunda terraza me gustó mas que la primera.

En el arco circular que describe la cordillera de montañas de Dome, aparecen las diversas partes de la ciudad en que dominan las tintas negras de las paredes y el ocre rojo de los techos. Altos monumentos se destacan del conjunto; aqui la iglesia catedral de Nuestra Señora con todos sus adornos; mas allá el Hotel-de-Ville; el Colegio, la Biblioteca, la nave donde Pedro el Ermitaño predicó la primera cruzada, la pirámide consagrada al general Desaix, dibujan en el espacio su corte geométrico.

ge, la esperanza de ser presentado á M. Gonad, conservador de la biblioteca de Clermont, sabio muy distinguido; pero M. Gonad habia fallecido.

La biblioteca está colocada en dos grandes salones, y contiene cerca de veinte mil volúmenes. De trecho en trecho se ven colgados los retratos de los principales personajes del pais.

Ademas de estos personajes pintados sobre el lienzo ó esculpidos sobre el mármol, Clermont les ha dedicado un gran número de calles, de plazas y edificios, solo que segun la moda del pais, el nombre del personaje ilustre va junto al nombre que le ha inmortalizado.

En el centro de la plaza hay una fuente elegante que se llama la Fuente-Delille erigida en memoria de aquel amable versificador. La catedral es un monumento curioso; pero esta iglesia no está aun concluida. La diócesis de Clermont ha tenido la gloria de suministrar al mundo cristiano un



Pedro el Ermitaño predicando la primera cruzada.

Hacia el Mediodia en el Oriente, la inmensa llanura aparece hasta en las profundidades mas distantes del horizonte.

Mas cerca de vos, entre Clermont y la costa de Chanturgue, un grupo agreste de casas arquitecturales se reúne en derredor de una iglesia gótica.

He aqui á Mont-Ferrand que ha cedido la mitad de su nombre á la ciudad natal de Sidonio Apolinario.

Tal es el magnifico cuadro que se desarrollaba entonces bajo mis ojos y cuya variedad igualaba á su riqueza.

Pero volvamos á la ciudad.

### III.

CLERMONT-FERRAND. (Continuacion).

Yo habia contado entre las cosas interesantes de mi via-

gran número de obispos ilustres. En cuanto á la historia de Clermont es muy sencilla para los que saben leer y estudiar sin prevencion.

El único fenómeno interesante que presenta el establecimiento de Saint-Allyre, es el puente natural formado por las aguas, especie de problema físico, cuya solucion la da otro puente de igual construccion.

Dejo á historiadores mas sesudos el cuidado de vituperar la division infinitesimal de una gran parte del suelo de la Auvernia; lo único que puedo decir es que, á causa de ella, ó á pesar de ella, ora se piense bien ó mal, hay pocos paises tan ricos como el Puy-de-Dome. La Auvernia es esencialmente religiosa; por todas partes se ven cruces y monumentos sagrados á los cuales hacen la mayor reverencia.

(Se continuará.)



## ESTUDIOS HISTÓRICOS.

## EL RAMO DE PAJA. (1)

(Continuación.)

En esto se oyó en la calle una grande grita, y Petra entró sostenida por Justino y por tres damas del Mercado, precedida del perro *Ciro* que la anunció ladrando triunfalmente.

Petra llevaba un gorro al estilo de la Fronda, con una pluma de oficial de la guardia y un enorme sable sin vaina sujeto de una correa amarilla. Sus compañeras llevaban alabardas. Justino venía también armado de una manera ridícula.

Broussel quedó petrificado delante de este cuadro sin saber lo que le pasaba.

—¡Ah! el señor de la Louviers, exclamó Petra, vive; le he visto como á vos. Ha resucitado de entre los muertos.

—¿Quién? preguntó Broussel.

—Mr. de Altomar, Mr. Deboile, nuestro salvador, exclamó la criada.

—¡Otra vez! exclamó el consejero ¿quién me libertará de este fantasma?

—Acabamos de recibir nuestras armas y nuestros uniformes en el Mercado, y nuestra compañía espera vuestro saludo debajo del balcón para descargar sus arcabuces. Justino dará la señal.

El anciano quitó el arma al lacayo. La criada, supone que es porque quiere oír la mejor, y prosiguió:

—Suenan los tambores y los clarines; llevamos las armas, y vemos llegar un soberbio regimiento. Llevaba dos comandantes á la cabeza, á Mr. de Beaufort, nuestro rey, y á su derecha un caballero moreno, que era Mr. Deboile, el famoso gefe del pueblo de 48, el azote de los viles cortesanos, ese azote á quien los Mazarinos han fusilado en Burdeos.

—Tú no le has visto, puesto que no vive, interrumpió Broussel.

—Era el mismo, y prueba de ello es que me ha conocido y me ha llamado por mi nombre, y que despues de la revista de las armas, me ha dado un golpecito en el hombro, como en otro tiempo, diciéndome:—Petra, hágote *teniente*! Mil cumplimientos á tu amo y á su hija; pronto sabrán algo de mí. Esto es lo que me ha dicho. ¿Creeis todavía que no es él?

Teresa rebotaba de contento y Broussel se estremecía. Petra refirió en seguida la milagrosa resurrección de Deboile segun el pueblo la referia.

—¿Ha concluido? dijo el consejero como despertando de un sueño febril. La *teniente* de Mr. de Altomar me servirá el desayuno que espero hace una hora.

Felicitábase por haber escuchado una relacion que por lo

absurda calmaba sus lágrimas. Despues de haber reflexionado, vió en la historia de Petra un cuento de comadres, y en el grabado de Teresa, la ilusion de una cabeza enferma, y en Altomar un intrigante que sacaba partido de una semejanza.

Por lo tanto, cuando la criada volvió de la cocina, llorando á causa de haberse vertido la leche, el rayo parlamentario, no temiendo ya nada, recobró su dignidad para mirar la péndola y tomar su baston y su capa.

—Me desayunaré en palacio, dijo sècamente, y para que mi casa esté mejor guardada y mejor servida desde ahora, señoras *comandantas*, las amazonas quedarán aqui encerradas hasta nueva órden.

En vano Teresa se postró de rodillas; en vano Petra, Justino y *Ciro* imploraron la libertad; el inflexible anciano dejó á todos encerrados y se fué apresuradamente al Parlamento.

Mientras andaba, veia sin embargo el espectro de Deboile que se le aparecia algunas veces; y cuando al llegar al palacio le vió sin milicia ciudadana, y se vió en frente de reuniones tumultuosas, le pareció oír todavía la frase amenazadora: *vuestro amo sabrá pronto algo de mí*.

Si se hubiera fiado solamente en su valor, hubiera retrocedido, pero se encontró al presidente de Bailleul, que no retrocedia nunca, y subió las gradas con él.

XX.

BROUSSEL.

Despues de la comedia tan bien representada en el *Hotel de Ville*, Beaufort y Altomar habian continuado, cada cual á su manera, para preparar el gran golpe del siguiente dia.

El rey de los mercados recorrió sus estados del uno al otro extremo, y reunió por la tarde en Luxemburgo lo que él llamaba *sus gentes*. Eran ciento veinte malhechores puestos en libertad, y cuyo pasatiempo menos ofensivo era asustar la ciudad con gritos atronadores.

Cuando llegaron al jardin del palacio de Gaston, Beaufort, para animarle, le llevó al balcón con muchos grandes señores. Entraron con la mayor gracia del mundo, en una conversacion familiarazonada de improprios y juramentos contra el nieto de Enrique IV. Designaron, para entregar á los furios de los bandidos á los realistas mas temibles de la ciudad y del Parlamento. El príncipe de Condé, encontrándose cerca del duque de Damville, frondista bastante templado le mostró chanceándose á las gentes de Beaufort, diciéndole que era un franco Mazarino. Damville se asustó de tal manera, que desmintió á Condé con un discurso incendiario, no creyendo poder rescatar su vida de otra manera. Era el sistema del príncipe Luis para empeñar en su causa á los amigos irresolutos. La entrevista terminó con una lluvia de dinero lanzado á los malhechores, quienes prometieron multiplicarse por ciento para la cita del dia siguiente.

El duque de Orleans, habia empleado otros medios en

(1) Véanse los números 4.º, 5.º, 6.º 7.º 8.º y 9.º de este año.



la jornada. Fiel á su arte de conspirar sin comprometerse, visitó á las mas ilustres frondistas de París y las insinuó con voz melosa los discursos que debían dirigir á sus maridos, á sus hermanos y demas gentes. Despues decidió á un gran número de caballeros aventureros á que se disfrazaran de obreros para sublevar y dirigir al populacho.

Altomar trabajó en mas alta escala. Todos sus agentes, lanzados á la vez provocan cien reuniones clandestinas en a Cité y en los barrios. Las cínicas palabras de orden que se propagaron fueron: ¡Abajo Mazarino! ¡No mas tiros! ¡Viva el rey! ¡La reforma del Estado! ¡La paz dentro y fuera! Todo el mundo aceptó este programa y salió á las calles.

Apenas se vió la corte reunida á la gran cámara, cuando as oleadas humanas que venían de todos los barrios de París, formaron un Océano de cabezas sobre los puntos que rodeaban el palacio. Bien pronto el duque de Orleans y su hija, La Rochefoucauld, todos los príncipes y señores, aclamados por la multitud ocuparon un lugar en las flores de lis ó en las tribunas, como hombres enteramente estraños á lo que iba á suceder. Beaufort y Altomar quedaron en la grande escalera con la vanguardia popular, distribuida por todas las salidas del edificio.

Los papeles se representaron conforme al plan de la vispera. Pero el plan de Bailleul estaba atacado por tres partidos: por los magistrados cómplices de los príncipes, por los frondistas importantes y turbulentos, y por los fanistas, que viendo al Parlamento bloqueado, creían llegada la hora del triunfo.... Broussel se puso á la cabeza de los dos últimos partidos.... Bailleul procuró en vano prolongar el debate hasta la llegada del preboste.

El presidente se lisongé de retardar la ejecucion, y rogó al consejero que se encargase él mismo de pasar al campo de San Dionisio. Broussel respondió que no tenia caballo á su disposicion y Beaufort que entraba le dijo que tenia diez para escoger el que gustase. Broussel volvió á escusarse.

—Vamos, dijo Bailleul que no queria mas que ganar tiempo, vamos, señor consejero, tomad media hora para desayunaros, y me dareis parte á la vuelta de vuestra resolucion. Broussel accedió á su pesar.

Ocioso es decir si almorzó con buen apetito. De minuto en minuto, príncipes, mensajeros del pueblo vinieron á aumentar su suplicio. La multitud gritaba: ¡Broussel á caballo! ¡Broussel á San Dionisio! Tal fué la campana que Broussel tuvo durante su desayuno. Y todo esto era fruto de sus obras. Júzguese si daría al diablo al Parlamento, á los príncipes, á la Fronda y á él mismo.

Creyó sacar partido declarando que estaba malo y pidiendo quedar solo con un ugiar; pero no contaba con la huésped. Apenas se habia levantado para rehusar definitivamente su mision, cuando se abrió la puerta y apareció un hombre.... El consejero se vuelve, lanza un grito, y queda palido, inmóvil y mudo.

Era el baron de Altomar, era Guillermo Deboile, el retrato de Teresa animado, la leyenda de Petra en carne y hueso; no faltaba mas que la bandera roja para completar la vision de 1648.

—Salud á Broussel, al campeón del Parlamento, dijo el capitán inclinándose con cortesía.

—¿Quién sois? ¡No os aproximeis! exclamó el anciano confundido y retrocediendo hasta el fondo del salon.

—El baron de Altomar para serviros, oficial del duque de Lorena, y lugarteniente del príncipe de Condé.

—No, yo os reconozco. Vos sois Deboile, condenado á muerte hace tres años.

—Y fusilado hace quince dias en Burdeos, eso es histórico. Si, yo soy Deboile, las gentes que vos matais lo pasan bien; si, yo soy Altomar, confieso que me parezco mucho á Deboile, y cuento con dar honor á esta semejanza. Los cien mil hombres que me siguen lo confirman; pero la cuestion de mi identidad se ventilará mas tarde. Quien quiera que yo sea por el momento, yo me acuerdo de nuestra antigua amistad, de los servicios que me habeis prestado, y para merecerlos de nuevo, yo vengo á daros la libertad y la vida.

—¿Qué quereis decir? ¿Está el Parlamento amenazado?

—De salir por los balcones á riesgo de caer en el Sena, á menos que no vote ciertos decretos muy importantes.

—¡Justo cielo! exclamó el consejero, ¡hemós caido en algun lazo! Señor Deboile.... Quiero decir, señor de Altomar; sois muy atrevido.... una firma de mi mano podría...

—Hacerme perder como en 1648. Eso sería arriesgado.... Vos sereis preso acaso antes que yo, pero si yo lo fuese el primero, el Parlamento no arriesgaría ya caer en el Sena, caería de seguro. He aqui todo lo que habriais ganado.

—Vos olvidais el tribunal, y las milicias que se esperan en favor del presidente.

—Han partido efectivamente; pero han quedado en camino. El preboste Lefevre y sus colegas han sido atacados en la Greve. Mr. de L'Hospital que pasaba, habiéndole prestado su carroza, la multitud la ha convertido en pedazos. El marqués del Vigean disfrazado, ha tomado los caballos riéndose y los ha llevado en triunfo. Entonces el preboste recibió una pedrada en la cabeza, y se ocultó en una casa que los frondistas guardan con el arma al brazo. En cuanto á los gefes de las milicias, no han encontrado la mitad de sus gentes dispuestas á marchar, las demas, habiéndose unido de antemano á la manifestacion, y dos compañías de walo- nes que yo conozco bien, se dirigen coroneles y soldados al lado de la Bastilla, lo cual no es el camino del palacio de Justicia.

Altomar estaba bien informado de todo. Bailleul recibía la nueva fatal en el mismo instante en que Altomar la anunciaba á Broussel.

—¡Misericordia! ¡Todo está perdido! exclamó el consejero, que recurria á ponerse como un senador romano. Despues, agarrándose á una palabra de Deboile como á una tabla de salvacion: ¿vos venis á salvarme, me habeis dicho?

—Vuestra salvacion depende de vos mismo; si vos os quedais aqui, lo repito, sucederá lo dicho.

—¿Yo puedo escaparme en este momento? pregunta el consejero poniéndose de pie.

—Seriais asesinado en la verja, respondió friamente Altomar. Pero, tomad el decreto contra las tropas del rey, montad á caballo y partid para San Dionisio.

—Donde yo seré asesinado tambien.

—Probablemente no. Vos atravesareis á París en triunfo, sereis mas popular que nunca.

—¡Si yo vuelvo!

—¡Minima de malis! Vos aceptareis como hechos cumplidos los decretos dados en vuestra ausencia. Vos sereis el menos comprometido con el rey. Vos guardareis mi secre-



to, como yo el vuestro... y cuando sea preciso reemplazar al gran preboste... nosotros nos veremos.

Broussel arrugó los ojos, quedó dos minutos perplejo y pensativo, palideciendo, enrojeciéndose y pateando á la vez; luego se decidió, sin decir ni sí, ni no, buscó el decreto de la cámara de San Luis, anunció gravemente que se encargaba de significarle, y dejó la sala con seis arqueros y dos comisarios, con aplausos repetidos del tribunal y de la calle.

Altomar le esperaba en la grande escalera con el duque de Beaufort y lo mas escogido de sus gentes. Le hicieron saludar con una inmensa aclamacion... Despues, el rey de los Mercados le presentó los caballos mas hermosos de batalla de sus compañeros; pero viéndolos piafar, el digno hombre saltó mas que ellos, y pidió tímidamente una simple montura, alguna mula ó un pacífico troton. Hubiera preferido hasta un asno.

Sus ojos se dirigieron entonces hácia un batallon de amazonas formadas detrás de la verja... ¿Y á quién vió á la cabeza? ¡Oh nueva sorpresa! A su hija Teresa con su unifor-

me de comandanta, á Petra y á Justino á la cabeza de las mugeres del Mercado. El primer movimiento de Broussel fué ir á regañarlos... Pero de pronto se disipa la cólera de Broussel al ver el caballo de su hija que era extraordinariamente manso.—He aqui lo que me conviene, dijo acariciando al dulce animal. De una pedrada mato dos pájaros; desmonto á Teresa y yo monto á mi gusto... Imprudente, que no se informó del origen del animal. La amazona admirada se hace rogar para descender, pero Altomar ofreciéndola conducirla á las tribunas donde podia esperar la vuelta de su padre, se apoya regocijada en el brazo de héroe, y cede el dócil corcel á Broussel, que monta con e auxilio de Beaufort. El duque le propone dos pistolas de arzon, pero él las rechaza horrorizado.—He aqui mis armas, dijo gravemente mostrando el decreto.—Cada loco con su tema, respondió Beaufort riéndose; yo quisiera mejor dos cañones cargados. El consejero suspira, recobra su aplomo, coge la brida, y... parte á la guerra.

(Se continuará.)

## LAS AMISTADES DE SALON.

### LA PALABRA Y EL PENSAMIENTO.

Dos señoras se hablan tiernamente. La primera dice á la segunda:—*Querida amiga, qué bonita estais esta noche!* La segunda responde á la primera:—*Mi encantadora ami-*

*ga, que traje lleras tan elegante!* Ahora bien, ¿qué piensan la una y la otra? Esto es lo que nos enseña la fisonomía de todas repetida dos veces detrás de ellas. Pensamientos graduados de la primera: 1.º *¡Qué vieja es!* 2.º *¡Es una caricatura!* Pensamientos graduados de la segunda. 1.º *Su traje no está de moda: ¡Parece un figurin en caricatura!*

